



Fundación
Alberto
Jiménez-
Becerril

III CERTAMEN

CREADORES
POR LA LIBERTAD
Y LA PAZ





Dirección y coordinación

Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril

Fotografía y digitalización de las obras

Raúl Vaquero Vicente

Diseño y maquetación

Ricardo Barquín Molero

Copyright de la presente edición

Fundación Alberto Jiménez-Becerril

Julio de 2009

Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril

Avda. República Argentina, nº 33-A-1ª, 41011, Sevilla

Tel.: 954 99 03 18 - Fax: 954 99 03 17

Email: fundacionalbertojimenez-becerril@sevilla.org

Depósito Legal: XXX

Impresión: Coria Gráfica

I I I C E R T A M E N

CREADORES

POR LA LIBERTAD

Y LA PAZ

Índice

Texto del Excmo. Sr. Alcalde, D. Alfredo Sánchez Monteseirín 8

Texto del Dr. Gerente de la Fundación 10

Modalidad poesía 13

Modalidad narrativa 41

Modalidad pintura 121

Modalidad escultura 128

Modalidad fotografía 131

Fundación Alberto Jiménez-Becerril 161

Índice de participantes

José Magdaleno Baez 132, 136, 138
José Carlos Ballester Ortega 21
Estrella Bello Fernández 17
Ramón Blanco Barrera 129
Manuel Díaz García 140, 142
María del Rocío Domínguez Cejudo 50, 53
Alfonso Domínguez Ortega 56
Manuela Domínguez Palomino 16, 23, 24
David Domínguez Parrilla 19, 60, 62
Rinat Etshak 126
María Lorena Fernández Martos 42
Ana Gómez de la Fuente 33, 65
Pedro Luis Ibáñez Lérida 14
Claudio Esteban López 26, 29
María Teresa López Barranco 148
Ezequiel Merino Guerrero 67
Loreto Mora Jiménez 46
David Morales Zamora 150
Antonio Jesús Pérez Gil 134, 152, 154
Agustín Pérez González 156, 158
Juan Carlos Pérez López 71, 75, 78
Cristina Inmaculada Pérez de Villar 122, 124
Francisco Ramírez Postigo 35, 81
Gregorio Ruiz Serrano 38, 86
Carlos Salas Alba 90
Daniel Sánchez Bonet 93, 96
Félix Enrique Vázquez León 98
Ana Velasco Haro 102

Texto del Excmo. Sr. Alcalde

“La libertad no la tienen los que no tienen su sed”

Rafael Alberti

Querido lector, querida lectora:

Tienes en tus manos un nuevo volumen que contiene los trabajos presentados al Certamen de Creadores por la Libertad y la Paz. El tercero ya de esta serie que nos permiten editar los participantes en cada convocatoria de esta propuesta, que poco a poco se va abriendo paso.

Quiero felicitar y agradecer el trabajo que realizais en defensa de la democracia y de la libertad, de los derechos de todos los ciudadanos y ciudadanas del conjunto de España, a los que dais el paso de aceptar este reto, nunca fácil. Por el contrario, en palabras de López Aranguren, “nunca se es más libre que cuando se lucha por la libertad.” Y lo hacemos con nuestras armas.

Tal es, arma cargada de futuro expansivo
con que te apunto al pecho.

No es una poesía gota a gota pensada.
No es un bello producto. No es un fruto perfecto.
Es algo como el aire que todos respiramos
y es el canto que espacia cuanto dentro llevamos.

Son palabras que todos repetimos sintiendo
como nuestras, y vuelan. Son más que lo mentado.
Son lo más necesario: Lo que no tiene nombre.

Gabriel Celaya

El principio de que con violencia no es posible la convivencia, debe ser llevado hasta sus últimas consecuencias, porque es un principio ético derivado de la naturaleza misma de la democracia.

Nadie puede aspirar en democracia a imponer sus ideas mediante la violencia. Esto lo comprende y lo apoya la inmensa mayoría de nuestra sociedad.

Eso es lo que desde la Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril hemos defendido siempre y lo que vamos a seguir defendiendo sin descanso hasta ver la luz al final del túnel de la violencia terrorista.

Alfredo Sánchez Monteseirín

*Presidente de la Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril
y Alcalde de Sevilla*

Texto del Dr. Gerente

Convocada en junio de 2008, esta tercera edición de CREADORES se ha dirigido al mundo de la cultura y el arte para hacerlos cómplices en la lucha activa contra el terrorismo, por la paz y la concordia, así como para colaborar en la difusión de esta imagen entre los ciudadanos.

Este certamen, organizado por la Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez Becerril, y que ha contado con el patrocinio de la Fundación Víctimas del Terrorismo (FVT) y de la Dirección General de Atención a las Víctimas del Ministerio del Interior, ha tenido la intención de distinguir a aquellas personas del mundo del arte y la cultura comprometidas con la defensa de la libertad, al tiempo que pretende abrir una reflexión sobre nuestros valores de convivencia, haciendo de la paz, de la concordia, la tolerancia, así como del rechazo a todo tipo de violencia, normas de comportamiento fundamentales de las personas, la inmensa mayoría, que se comprometen claramente cada día por un mundo mejor.

Esta edición del Certamen se ha celebrado cuando aún se estaban cumpliendo diez años de los asesinatos, a manos de ETA, de Alberto y Ascensión, por lo que ha adquirido una especial relevancia y significado. En este punto, estimo oportuno agradecer a todos los participantes en las distintas modalidades su colaboración en este proyecto que permite fomentar entre la ciudadanía una conciencia, e incluso una militancia activa, contra la violencia de cualquier tipo.

Pero este, que es un proyecto vivo, tendrá continuidad con la convocatoria del IV Certamen, al que pretendemos dar una mayor proyección e importancia, en beneficio de la causa por la que lucha. A esta tarea queremos seguirnos convocando a todos, con la ilusión de terminar más pronto que tarde con la lacra del terror, y, porqué no, con la fuerza de nuestras palabras y de nuestras imágenes.

Jesús de la Lama Lamamié de Clairac

Director Gerente de la Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril



Pedro Luis Ibáñez Lérica

“Desde la raíz de hondura secreta”

Desde la raíz de hondura secreta
hasta la frondosidad de su copa,
los árboles se estiran hacia el universo
y sueñan con el verso de las estrellas.
Así, el ser humano, crecido en el agua
del útero materno e infinito,
vela la naturaleza intacta,
hace circular la sangre alegre
que discurre consciente y venturosa
como regueros de luz entre sombras.
Asciende con pulso vital y presuroso
un mundo nuevo, génesis de providencia,
creado en la paz uncida en la palabra
que sana el perfil del odio:
dura, rota e hiriente arista,
muda en su soledad de vino,
ceñudo amargor de ácido veneno.
Los abrojos dolientes del sino
retuercen la conmovida belleza,
ocaso de tristes y cansados ojos,
vigilia expectante e inquieta.

El albor naciente propaga
un corazón de concordia pleno,
envuelve todo de insondables latidos
e irrumpe, con fuerza vigorosa,
el alma ungida en la flor del cardo.

Todos somos el mundo roto,
y componerlo solamente es labor
de mujeres y hombres libres.

Sin ataduras, disposiciones o ensalmos;
mezclados los alientos, sudores,
cantos, roces, polvos, llantos
con el barro agreste, puro, arcilloso
-áspero signo de tibieza-.

Almagre su color entorchado
en las agrietadas manos que tiemblan
construyendo la verdad del futuro,
a pesar del dolor y el espasmo.

Manuela Domínguez Palomino

“Al otro lado”

Si fueras puente, cruzaría al otro lado
donde el amor no duele,
a la otra cara del espejo
donde la huella de tu paso
se esparce por mi cuerpo lentamente
y en tus brazos, puedo cobijarme del miedo
cruzaría al otro lado,
donde la ternura no es una quimera
donde en tu paz encuentro mi refugio.
Si fueras puente, cruzaría al otro lado
de tu amor sublime, para cogerte la mano
y evitar que laceres mi carne y mi espíritu
cruzaría al otro lado
para cambiar tus insultos por respeto,
y las bofetadas por caricias,
para sentir al fin que soy alguien.
Si fueras puente, cruzaría al otro lado
amarrando el dolor para olvidarlo
y no volver a sentirme sola
cruzaría al otro lado,
donde tu vida se separa de la mía
para dejar de sentir tanto desprecio.

Finalista - modalidad Poesía

Estrella Bello Fernández
“Sueños”

Esta noche
cruzaremos los límites del cielo,
abriremos la puerta de las nubes,
sembraremos el polen de los astros.

Buscad,
los buscadores de palabras.

Tread,
los trepadores de espacios infinitos.

Soñad,
los soñadores de sueños imposibles.

Palabras;
estrenemos palabras
de cuarzo, de zafiro,
de ópalo y de oro,
almíbar consagrado
que endulce todo el aire de los versos.

Nunca más terrorismo suicida,
nunca más los esbirros de la muerte,
nunca más el humano se convierta
en el hombre-alimaña de su especie,
nunca más el gemir de las viudas,
nunca más la orfandad del inocente.

Desterremos el nombre de Caín
de todos los albores de la historia.

Astronautas,
viajeros de los cielos,
traed un arco iris de esperanza
y el pan de las estrellas.
Y en el espejo azul del universo
nos miraremos siempre como hermanos
clamando eternamente por la paz
en el nombre de Dios.

David Domínguez Parrilla
“Hogares tenues”

Luces tristes alumbran el manto
que la solícita noche ofrece cada jornada
al descarnado puerto de almas
y barcos.

Desde la barrera de mi alféizar observo
sombras cortas en la mar que juegan
con el cabello de las sirenas,
ahogando la memoria de tu espejo
en la sangre de mi pena.

Silencio,
trova amarga de la nada sólo rota
por olas danzantes en el teatro del recuerdo,
larga vela vacía de arena,
sudor y viento.

Tengo frío,
la ventana abierta trae memorias risueñas
sobre el muelle yerto,
aroma a dulce salitre,
sabor a lejanos besos.

Cierro los ojos y siento
sábanas tibias que esperan
prendidas al hombre ausente,
daga hiriente de trémulo cuerpo
y sombra persistente.

Ya rompe el rojo a lo lejos
y el rocío de la mañana mece
mi maldita cuna,
cuna de la amante tensa,
cuna de la madre seca,
desgarro final al alba,
cortejo de madera fría
y gotas amargas.

Participante - modalidad Poesía

José Carlos Ballester Ortega

“Versos anteriores y posteriores al asesinato de Silvia”

Castell de Ferro, agosto de 2002

Suceso en época de soles leves,
cuando es el frío blanco del invierno
y abajo se divisa el río tierno,
la fuente que avivó sus cuerpo breves.

Ay, primavera, nunca te los lleves
de donde el pájaro parece eterno,
que son sus aguas lejos de averno
muñecos frágiles de vivas nieves.

*A Silvia, en su pasar;
a sus padres, con mi pesar.*

*CASTELL DE FERRO
agosto de 2002*

Regreso de ETA para ensombrecer
y ahuecar el paisaje con barrancos.
De nuevo estío ermuese, otra vez blancos
la vida y el triste féretro de un ser.

Ay sangre de seis años, ya hoy su ayer,
que ni entendía de ogros ni de francos...
¿Quién dice del barrote hacerles zancos
si la bomba a una niña fue, joder?

Mis hijas son de siete y cinco y nada
entienden de otra historia que las suyas;
¡y en Silvia sí que se hizo la del Coco!

¡Que basta ya del arma vil cargada
que apunta hasta a angelitos su odio y puyas,
de tanto criminar sin norte y loco!

Manuela Domínguez Palomino

“Si te escondes”

Vas por la vida despacio temiendo despertar su ira,
sembrando semillas estériles de esperanza.

Maquillas tus ojeras con el color de la derrota
y disfrazas de sonrisa una mueca de hiel y lágrimas.

Huye la alegría de tu mirada y se asoma el miedo,
brotando de tus heridas abiertas
como de una vena cortada, la sangre.

Hay heridas que jamás se curan,
hay palabras que de tanto escucharlas
arañan el alma como espejos rotos

No escondas lo que te duele,
saca la cabeza del agua
en lugar de ahogarte y expresa
sin temor tu soledad y tu tristeza

¿ No ves que él arrasó hace tiempo
el campo de amor que cultivasteis juntos?
¿no ves que va dejando en tu piel huellas de hielo?

Duermes con tu verdugo, mueres en vida
y ni siquiera permites que te vean llorar
si callas, nadie verá los moratones de tu alma.
si te escondes, no escaparás del infierno, ¡huye!
puede que mañana, sea demasiado tarde.

Manuela Domínguez Palomino
“A las víctimas del 11-M”

11 de Marzo de 2004
atentado terrorista en Madrid
191 muertos, 1500 heridos
13 bombas en cuatro trenes

La muerte madrugó aquella mañana
se vistió de sangre y subió a aquel tren
portando en su mochila ideales de terror
sin más razón que la violencia.
Su sombra gris se deslizaba con sigilo
por los vagones, arrasando vidas,
sembrando la desolación y el desconcierto
el miedo incluso podía tocarse.

Una nube de horror y llanto oscureció el día
como alas de mariposas negras.
La explosión acalló cientos de voces
inocentes arrancando de cuajo
la voz libre de sus pensamientos,
mutilando su futuro, con el delirio insano
de mentes envenenadas con ideas absolutas,
que dejaron tras de sí la ciudad sombría.

Porque nunca se ha de olvidar
a veces, vuelve el recuerdo
y los trenes vuelven a estallar dentro de mí.
De algún modo, todos viajábamos con ellos aquel día,
todos perdimos parte de nuestra libertad.

Ya para siempre atapadas
las voces calladas de los muertos,
en un túnel de oscuridad perpetua
y la carne abierta de los heridos
clama su cólera contenida.
Ya para siempre en mi memoria,
el rechinar de los pobres huesos derribados
y la sangre que mató sus sonrisas
sellando sus labios color de violetas.
Ya para siempre vestirá de luto mi corazón
que pide ¡justicia!
con un grito sin lengua y sin garganta.
Y formaré guerrillas de poesía
con batallones de ángeles sin pecado
para que un día me devuelvan la Fe.

Claudio Esteban López

“¡Si fuera posible!”

Si fuera posible
conjuguar y formar
un tandem llamado
Paz y Libertad.

¡Pero, ha de ser realizable!

¡Tiene que ser alcanzable!

¡Hemos de conseguirlo!

El ser humano e inteligente,
no sólo ha de rezumar egoismo
y crueldad.

Se ha de encontrar
la Paz y la Libertad
que nos conduzca
al sosiego de la vida.

Ya que el terrorismo y la violencia
son el autentico capolar
de toda existencia,
así ha de ser.

Y como un halo acibarado que los abraza
como tremenda zarpa lobezna
ha de hacerlos enmudecer;
la Paz y la Libertad han de actuar
con benevolencia pero con firmeza.

Parece una auténtica utopía,
pero no es así,
no puede ser así.

Hemos de seguir luchando,
en Paz y Libertad,
y ejerciendo la serenidad que
como quilla de barco ha de ir surcando
los mares de la realidad.

Libertad y Paz,
miedo me dá en ésta
nuestra sociedad enarbolarlas.

Pero hemos
de desechar temores
y entre todos
plenos de Paz y Libertad
desterrar para siempre
a esos humanoides
enemigos de ellas.

Participante - modalidad Poesía

Claudio Esteban López

“La soledad”

Miedo,
pavor,
auténtico pánico
es suscitado,
en la oquedad
de nuestro epicentro
sentimental
donde se hospedan
nuestros temores
por aquel
extraño ente,
cuando el dolor del terror
nos oprime

Exacerbada vibración interior
que desencaja
cimientos y tambalea
la fámedica estructura
del mantenimiento
del subsistir

Temor
de nosotros mismos,
de no sentirnos capaces
de ondear la bandera
de la paz y la libertad

De no tener
respuestas
a nuestras propias
preguntas.

Tormentoso
y exasperado cielo,
que amenazador
abraza de muerte
como jábega enmohecida,
envenenando cual arpía
por momentos
a huecos caracteres
multitudinarios.

Miedo
a encontrarnos
en tortuosos pasillos
de la oscuridad,
hurtados de Paz y Libertad.

Puntiaguda saeta
que de seria
gravedad hiere
a la aireada
soberbia establecida.

Repulsa asustadiza
de no tener
otra compañía
que tus temerosos
pensamientos.

Sólo
hallará caminos
sobre encrucijadas, y
despejados horizontes
antes que ennegrecidas nubes,
si te sientes Libre y en Paz.

La soledad;
temida enemiga
para unos,
e inapreciable aliada
para otros.

No dejemos que la ausencia
de la Paz y la Libertad nos reste
cicatrices tan profundas.

Ana Gómez de la Fuente
“La paz”

Ya se ve en el horizonte galopar,
el unicornio celeste del mar.
Y se admira con soltura
la Paz, sobre su montura.

Ha venido de la costa de Loefel
cabalgando en su corcel,
para ver con la luz de la luna
al príncipe que está en la cuna.

Cuando sea por la mañana
haremos un banquete en La Habana
donde asistirán los ciudadanos
con ofrendas en las manos.

La suave luz de la luna
acaricia la arena de las dunas,
allí muy, muy lejos
en las arenas del desierto.

Por donde pasa la Paz
deja rastro de felicidad,
pero por donde no pasa
¡hasta ahí el unicornio cabalga!

Bailemos todos contentos
un baile que no se lento,
que sea un baile ligero
para bailarlo con salero.

Hoy es luna llena,
aquí ya es la última cena
porque nos vamos a repartir concordia
a otra ciudad, a otro país.

Francisco Ramírez Postigo
“Silencio”

¡Silencio!

Que nadie rompa el silencio
que se guarda por los muertos
por las balas asesinas
del enemigo del pueblo.

¡Silencio!

Guarda Sevilla silencio.
Ese silencio que hiere
todas las fibras del cuerpo,
ese silencio que habla
como tú sabes hacerlo.

¡Silencio!

Guarda Sevilla silencio.
Muros de la Plaza Nueva
que escucharon el estruendo
de los brazos y las voces
de las agallas de un pueblo.

¡Silencio!

Guarda Sevilla silencio.
Guarda silencio Sevilla
como tú sabes hacerlo:
cuando sale El Gran Poder
o cuando pasa El Silencio
y espera en la Maestranza
la majestad de un torero.

¡Silencio!

Guarda Sevilla silencio
por la sangre y por la herida
de un matrimonio modelo
que ha pagado con su vida
su postura de ser buenos.

¡Silencio!

Que tu silencio se escuche.
Que se escuche tu silencio
en aquel rincón de España
que estará nuestro recuerdo,
donde dejaron su sangre
muchos andaluces buenos.

¡Silencio!

Sevilla guarda silencio.
Que se escuche en los garitos
donde conviven los cerdos
amasando la metralla
y enseñando a los violentos.

¡Silencio!

Que no se rompa el silencio
que se guarda por los muertos
por las balas asesinas
del enemigo del pueblo.

¡Silencio!

Gregorio Ruiz Serrano

“La paz”

Es del cielo bendición
impregnada de vivencia,
amor y fraternidad.

Es sueño del corazón,
necesaria su presencia
y refugio de bondad.

La Paz.

Es parte de la belleza
que tiene la humanidad,
son sus mayores riquezas.

Ella, de amor es despensa,
ella, siempre apaciguada
sabe darnos recompensas.

La Paz.

Está cuando los pájaros
se deciden a cantar.

Cuando planea la paloma
y vuelve a su palomar.

También cuando en primavera
las flores quieren brotar.

La Paz.
Es de la luz un destello,
es una aurora dormida,
tal vez una estrella fugaz.

No hay nada claro ni bello
como el transcurrir la vida
por el camino de la Paz.



María Lorena Fernández Martos

“Sin salida”

- No lo entiendo.
- Ya lo entenderás.
- Eso ya no me vale.
- ¿Qué no te vale?
- El que me digas “ya lo entenderás”.
- Si no lo entiendes ahora ya lo entenderás más adelante. Joder, doña preguntitas, ¿cuál es el problema?
- El problema es que cada vez entiendo menos lo que me explicáis.

De repente su rostro se endureció y le clavó una mirada amenazante durante incómodos y largos segundos.

- ¿Qué hostias te pasa, Carmina? ¿Qué hostias me estás diciendo?
- Nada, yo sólo...
- ¿Estás dudando?
- No lo sé.

Ya no quería seguir con sus clases de euskera. Tenía miedo. Nunca le había hablado con tanto enfado. Debía inventarse algo para salir de esa sala, pero no se le ocurría nada.

- ¡Te estoy preguntando que qué hostias te pasa! ¡Aquí no se puede venir con dudas, joder! ¡Contesta!
- Sólo era un comentario, no es para ponerse así.
- Aquí se está o no se está, ¡y no valen las dudas! Porque de las dudas nacen los traidores...
- No, yo no... ¿cómo puedes pensar...?

- Tranquila, Carmina, no digo que nos vayas a traicionar. Pero no hay que hacerse tantas preguntas. Esto es lo que hay y lo sabías. Estás dentro, y aquí se actúa en todo lo que manden los de arriba y se piensa lo menos que puedas. Algún sacrificio hay que hacer... ¿entendido?

- Sí.

- ¿Alguna duda?

- Ninguna.

Sola en su cuarto logró sentirse algo segura, aunque no del todo. ¿Por qué no se habría callado? No pensó que Iker fuera a hablarle así... y menos que fuera a amenazarle. A lo mejor estaba exagerando... pero sus facciones se volvieron tan duras... Apenas probó bocado en la cena, y tampoco salió esa noche con la cuadrilla. Desde hacía unas semanas procuraba verlos poco y sólo asistía a las reuniones para que no sospecharan de ella. Sólo dudaba, eso era todo, pero por lo visto era una buena razón para mantenerse en alerta con ella. “Me metí por Aitor, ¡vaya idiotez!, pero creo que me enamoré de él, y no sólo me tragaba todos sus discursos sino que me los acabé creyendo. Sus amigos me aceptaron como una más y por una vez en la vida me sentía especial. Me adentré con gran pasión en aquella revolución que adornaban y engrandecían en las akelarres, manifestaciones, campamentos y festivales; acepté orgullosa y agradecida poder formar parte de todo ese movimiento que cambiaría las cosas para mejorarlas y lucharía por una justicia justa y nuestra libertad. Me emborraché de toda esta utopía y me perdí en aquel sueño que ahora veo como una pesadilla. Hace unos meses Aitor decidió meterme

en serio en la Organización, y desde entonces hasta ahora fui despertando al darme de bruces con la realidad: todo era mentira, lo que una vez amé con todas mis fuerzas lo empecé a odiar, aquella utopía que me habían mostrado nada tenía que ver con lo que ahora me pedían o, mejor dicho, me exigían: asesinar (sin preguntas ni conciencia).

- ¿Alguna duda?

- Ninguna.

Carmina siguió a Iker e intentó aparentar la frialdad y tranquilidad de éste. Actuar. Por Euskal Herria. No pensar. Actuar. ¡Ahora! El hombre palideció al verlos y se aferró al periódico como si aquellos papeles pudieran evitar las balas. ¡Ahora! Ojos llenos de vida, aterrados por querer sobrevivir, rezando a Dios por un milagro, preguntándose porqué él. ¡Ahora! ¡No pienses, Carmina, dispara! ¡Olvida sus ojos, ignora que él merece vivir tanto como tú, expulsa tu conciencia de ti!

Varios disparos, un asesino, dos muertos. Uno de los testigos hablaba:

- ¡Él se volvió como loco con ella! Al parecer la chica se echó atrás, yo sólo oía que ella le decía que no podía, que se fueran, que no quería hacerlo, que eso no era luchar, y el amigo le dio dos tiros al concejal y luego se ensañó con la joven. Yo no sé cuánto le disparó, pero daba pena. Él se fue diciendo algo así como “odio más a los traidores que a los enemigos”.

Del pantalón de Carmina extrajeron una nota:

“Me metí pensando que por fin podría ser yo y podría descubrir la libertad. Ahora

me doy cuenta de que aquí dentro no puedo ser yo y mucho menos ser libre. Es tarde. Ya no puedo salir. Estoy encarcelada y muerta. Creo que voy a huir, pero me convertiré en traidora e irán a por mi familia. Aunque nunca he matado me siento una asesina”.

Loreto Mora Jiménez

“Vocablos sustanciales”

*Para ti, para él, para todos aquellos que emplean
las palabras correctas para conseguir la unidad y la paz.*

*“La palabra paz, hace ya mucho tiempo, que no es más
que un tópico, algo que se utiliza cuando la violencia
quiere disfrazarse de sensatez.”.*

“Desde la dimensión intermedia”. Mercedes Salisachs

*“Las palabras no están pensadas para gustar, sino
para que funcionen”.*

Juan José Millás

La primera vez que la palabra terrorismo se introdujo en mi vocabulario, fue a raíz de una fotografía en blanco y negro aparecida en la primera página de la escasa prensa nacional de la década de los sesenta. La imagen de un pequeño, en pantalón corto, saludando militarmente al paso del féretro que transportaba el cuerpo sin vida de su padre asesinado por defender principios de convivencia pacífica y antixenófoba, impactó en mi espíritu infantil. Declinaba un Noviembre escurridizo,

con tintes afligidos, renunciando la cercanía de una Navidad sin apabullante publicidad; la caída de las hojas ralentizante y parsimoniosa alfombraban de ámbar un parque donde el poeta por excelencia del romanticismo, vigilaba impávido a una ciudad anclada en la delicuescencia. Por mi corta edad, y las susurrantes y misteriosas conversaciones que las gentes sostenían por aquellos días circunspectamente por si un oído maquiavélico las captaban, comprometiéndolas, al tiempo que evitaban extrapolar cualquier suceso aduciendo que los niños no teníamos porqué inmiscuirnos en ciertos asuntos y, aún menos, en los políticos, me impidieron conocer el alcance de la barbarie cometida en una ciudad de nombre Dallas, desconocida no sólo para mí, sino para muchos compatriotas. Este suceso violento dejó un legado en el cual se implicaron dos hombres de razas diferentes, que pese a las presiones mediáticas y a un sinfín de amenazas, asumieron la responsabilidad hasta las últimas consecuencias.

Desde aquel fatídico mes de Noviembre hasta el amanecer de una clara primavera abrileña, transcurrieron cinco años. En ínterin, una nación asiática ardía bajo mortíferas bombas napal; en Oriente próximo, árabes e israelitas se enfrentaban por reivindicaciones territoriales en una guerra relámpago cuyo rescoldo aún permanece en ebullición; la juventud levantaba barricadas en el barrio latino de París: el cambio generacional galopando imparabile; países como el nuestro, asistían impávidos a los sucesos debido a que la información censurada que les llegaba no era ni por asomo la veraz; al tiempo, mi infancia pasaba inexorablemente a la adolescencia siendo un testigo tácito e impotente.

...Y, nuevamente, la primera página de la prensa mostrando la fotografía de uno de los comprometidos con el legado, pastor baptista, Premio Nóbel de la Paz, luchador incansable contra la segregación racial y social y las condiciones infrahumanas con que vivía la raza negra en el país de la democracia y de la libertad, agredido mortalmente por un descerebrado mientras encabezaba una marcha pacifista en la ciudad de Memphis. Otra vez la palabra terrorismo vulnerando mi sensibilidad de adolescente, y el resurgir en los mayores, la confusión y el pánico visceral. No se habían acallados los ecos de aquel macabro suceso, la prensa devino con el rictus de la muerte reflejada en las comisuras lívidas de los labios de un hombre que sostenía entre sus débiles manos un rosario y, junto a él, el legado yaciendo en estado agónico.

En tanto, la piel de toro se consideraba invulnerable en la convicción absoluta que el significado de la palabra democracia era sinónimo de desestabilización. Fue entonces, cuando el vocablo terrorismo surgió en nuestras invulnerables vidas. En su génesis, la lucha fue subrepticia contra una dictadura que parecía no tener fin, empero, a posteriori, tomó un camino indigno e incomprensible solapada bajo reivindicaciones nacionalistas absurdas, dejando abierta una herida que difícilmente se restañará porque ya forma parte de nuestra historia. (Reivindicaciones manchadas de sangre inocente, nunca tendrán justificación válida.)

Tras una dilatada reflexión, motivada por los sucesos que han convulsionado a la sociedad en los últimos años como el recrudecimiento del fundamentalismo tanto islámico como de otras naturalezas; la vulneración de la infancia; la subestimación de la ancianidad; la humillación de la amistad, y el resurgimiento virulento de la violencia contra el género opuesto, el vocablo terrorismo ha terminado situándose en la cima del más utilizado. Ante esta valetudinaria visión, me encantaría despertar una mañana y descubrir que la palabra ha pasado de tener protagonismo en el vocabulario del ciudadano de a pie a ser eliminada junto con otras desestimadas por excesivamente crueles, aunque estén para utilizarlas como lo ordena la Academia. Que nuestra convivencia se ha visto enriquecida por el uso de vocablos hermosos y efectivos, como por ejemplo, libertad, tolerancia, igualdad, justicia, paz, pero sobre todo, unidad, este último es importantísimo para alcanzar los objetivos que nos preocupan. Conservemos la esperanza que dicho instante no tardará en llegar por el bien de todos, vendrá por el camino adecuado, entonces, la lucha habrá merecido la pena.

María del Rocío Domínguez Cejudo

“Alianza por la comprensión”

Se asomó por la ventanita que había en la parte superior de la puerta de entrada al aula y no podía dar crédito a lo que estaba viendo. De hecho, no entró directamente en la clase para repartir las fotocopias que acababa de recoger en la conserjería del centro; intentó prestar atención a lo que aquella joven estaba contando, algo bastante fácil, debido a la mala insonorización y a la rotura de uno de los cristales de la parte superior de la pared que separaba la clase de ciencias sociales del pasillo común al resto de aulas del instituto.

Lo que provocó el desconcierto de Ricardo fue ver como había logrado hacerse con el curso y conseguir que se mantuvieran en silencio durante la última hora, antes de ir a casa a comer. Por experiencia sabía que la hora de dos a tres de los viernes era la más difícil de toda la semana, no solo por sus ganas de disfrutar de nuevo del fin de semana, sino sobre todo porque los alumnos de 15 años no aguantaban más explicaciones. La llegada de la primavera había alterado, como cada año, aún más a los ruidosos adolescentes, que no paraban de gastarse bromas los unos a los otros, y de querer llamar la atención en ese continuo intento de buscarse su sitio en la clase, como una forma de remarcar además su papel en la sociedad. Además, cuando al principio de curso le tocó esa tutoría todo el mundo le había advertido que el 3º de ESO A era el “peor” de los tres cursos. Ricardo siempre había estado en contra de tachar a los grupos en buenos y malos, era cierto que eran muy revoltosos, pero en el instituto el anterior profesor de sociales, junto con algunos de otras materias, seguían manteniendo un sistema de enseñanza bastante tradicional, limitándose a premiar a los que obtenían mejores resultados académicos.

Ricardo comprobó mediante las fotocopias que acababa de hacer que el tema que estaban dando era las pirámides de población, y en concreto había dejado a la alumna de prácticas para obtener el certificado que le permitiría presentarse a las oposiciones de secundaria, era explicar los distintos tipos de pirámides que existen. Sin embargo, les estaba contando algo sobre el sistema binario, las matemáticas aprendidas de los musulmanes y los video-juegos.

El debate derivó en lo que los musulmanes habían aportado a nuestra cultura. Aquella joven, a la que muchos de los adolescentes superaban en altura y a la que parecía que imponerse le iba a costar, no solo por su aspecto si no porque todos saben que ocurre cuando llega un profesor nuevo, hay que boicotearlo a toda costa. Ricardo abrió muy despacito la puerta, le hizo un gesto para que continuara con su explicación y se sentó en una mesa al final de la clase. Notó como en un principio su presencia puso algo nerviosa a la chica porque se ruborizó al ver que tenía un nuevo oyente y que él si tenía la potestad para acabar con aquella explicación.

Rápidamente, Ricardo comprendió lo que allí había ocurrido, se había aliado con ellos hablando de ordenadores y juegos, algo que a la mayoría de los adolescentes fascina, para explicarles que la aportación matemática de los musulmanes ha sido clave. Posteriormente le confesó a Ricardo que no estaba muy segura de que aquello fuera así, pero cuando comenzó a contar la historia vió que todos se iban interesando y aprovechó la oportunidad para explicarles la importancia de la interculturalidad y de aceptar a los que provienen de distintas culturas.

Al parecer la explicación de las pirámides le había llevado a afirmar que el aumento de la natalidad española se debía, en buena parte, a los inmigrantes aquí residentes. En ese momento un murmullo racista se apoderó de la clase, luego medio disculpándose medio orgullosa le reveló al responsable de la educación de aquellos niños que no quería dejar pasar la oportunidad de aportarles otro punto de vista. La experiencia resultó positiva, probablemente una charla de unos treinta minutos, no cambia el mundo, pero si mueve conciencias. Lo más sorprendente estaba por llegar, sonó el timbre que anunciaba el final de la clase, del día y de la semana escolar y todos fueron recogiendo sus cosas pero no salieron en estampida, la mayoría quería escuchar el final de la historia del joven inmigrante que llegó en patera. Al final se atrevió hasta a ponerles deberes: Para el lunes imaginar que vivís en un país, el que queráis con un conflicto armado donde la pobreza y la miseria son la norma general, ¿qué haríais?

Participante - modalidad Narrativa

María del Rocío Domínguez Cejudo

“Ellos que todos lo saben”

La conocía desde el colegio y sin embargo, no sabía con exactitud que día de la semana iba a hacer la compra. Había compartido las primeras salidas nocturnas de la adolescencia pero desconocía la hora en la llevaba a los niños al parque. Fines de semana juntas en camping, playas y hostales y no estaba segura de cual era la ruta que hacía para ir al trabajo. Confesiones a cualquier hora del día, desde llamarla nada más recibir una buena noticia hasta hacerme cómplice de sus miedos y sus problemas, aunque no me podía imaginar el calvario que Sandra había vivido en los últimos años. Todo esto lo podía intuir, conocía su casa como si fuera la mía y podría imaginar la ruta que hacía para ir a la oficina; sus hijos eran como mis sobrinos y a veces habíamos compartido tardes empujando columpios y corriendo tras una bicicleta, pero obviamente si me preguntaran no lo podría decir con tanta exactitud como aquellos que habían estado meses pegando sus ojos a su nuca, sin que ella los sospechara.

En la juventud nunca había sido amiga de los horarios ni de planificar las cosas con tiempo, pero los niños siempre imponen llevar una vida más cuadrículada. Al final las tornas se habían vuelto y la que se volvió más amiga de los horarios fue Sandra.

Recibí la llamada al poco tiempo de llegar al trabajo, una vez que había saludado a los compañeros mientras mi ordenador arrancaba y descargaba el correo. Era Jaime el marido de Sandra, completamente bloqueado y aturdido, entre sollozos me dio la noticia, completamente inesperada, como suelen ser siempre estas cosas, pero aún más ya que nunca había comentado que estuviera amenazada.

Rápidamente recogió sus cosas, fue a hablar con su jefe y le explicó lo ocurrido con la intención de que le dieran el resto del día libre. Cogió un taxi para ir directamente a donde había quedado en reunirse con Jaime, desde allí aprovechó para ir haciendo las desagradables llamadas que hay que realizar en estos casos, nunca se sabe como suavizar estas noticias. Obviamente cuando la muerte es resultado de la desaprensión, el rencor y la maldad no hay nada que suavizar, pero la indignación debe ser aparcada durante unos segundos para intentar buscar entre tanta ira unas palabras de consuelo para nuestro interlocutor.

Conforme me iba acercando a Jaime iba repitiéndome interiormente un discurso para mostrarme lo más fuerte posible, era lo que ahora me correspondía. Familiares, amigos, compañeros de trabajo, todos completamente consternados y las mismas preguntas repitiéndose, ¿pero había recibido algún tipo de aviso? ¿los niños lo saben ya? ¿cómo está la madre?... Rápidamente los medios de comunicación se hicieron eco de la noticia y como ocurre el pueblo rápidamente se movilizó para mostrar su condena.

Durante unos días estuve metida en un bucle; el cansancio, la indignación, el desconsuelo, la impotencia, el dolor, los recuerdos, el sueño, la angustia... todo me envolvía, hasta que de buenas a primera caminando por la calle para ir a recoger a los hijos de Sandra, me detuve en seco. Sentí el miedo, la presión de ser perseguida, miré hacía todos lados pero no había nadie. Me quede completamente paralizada y pegada a la pared, como si ella me pudiera proteger. En ese momento sentía como

si yo también los tuviera detrás amenazándome, controlándome... estaba en una calle cercana donde había ocurrido la tragedia, ya que Sandra acaba de dejar a sus hijos en el colegio y se disponía a ir a su oficina. No alcanzaba a entender como pudieron calcular tan bien los horarios de una completa desconocida y yo que era su amiga, que era como una hermana, no los sabía. No alcanzaba a entender como se puede castigar tan cruelmente defender la libertad.

Alfonso Domínguez Ortega
“La paz hay que buscarla”

*LA PAZ HAY QUE BUSCARLA
Unas balas traidoras DOS VIDAS QUITABAN
y huyendo aquellos asesinos, la PAZ truncaban.
Pero dos manantiales de sangre, en el suelo se juntaban.
Si el AMOR los unió en vida; en la muerte lo confirmaban*

La PAZ, tres letras y una sola palabra. Pero su significado es amplio y abierto; evidente en el mensaje que inspira dicha palabra.

Indica respeto, diálogo sincero, amor, tolerancia y comprensión, solidaridad, colaboración, etc.

Lo contrario a Paz, es guerra, armamentismo, terrorismo, violencia, imperialismo, nacionalismo extremo, odio, egoísmo, etc.

En 1.998 eran asesinados Alberto Jiménez-Becerril, concejal del Ayuntamiento de Sevilla; y su esposa Ascensión; y nació la FUNDACIÓN ALBERTO JIMÉNEZ-BECERRIL para luchar contra la intransigencia; abrir cauces que nos ayuden a comunicarnos en la libertad, la convivencia, la paz y la concordia; incluyendo premios y concursos que valgan, además a reconocer y estimular las buenas relaciones y el amor mutuo entre las personas de buena voluntad.

Esta fundación nos anima también a que formemos militantes, “Ejércitos de Paz”, comprometidos con nuestra sociedad y con toda la problemática que la rodea.

Vivimos en un MUNDO CAPITALISTA (globalizado), que unido a la mentalidad imperialista de algunos países; no solo no resuelve los graves problemas actuales, sino que los agudiza aún más; como son las desigualdades, despilfarros de materias primas no renovables, guerras, invasiones, golpes de estado, terrorismos, etc.

“Aquel Vietnam” aún no ha muerto: llámese cambio climático, pobreza, paro y trabajo precario, nacionalismos extremos, desaparición o en vías de extinción de especies animales, guerras, desertización y disminución progresiva de selvas y bosques, informaciones manipuladas u omitidas, etc. La Paz está hoy muy amenazada.

Por ello a las leyes de la violencia, el mercantilismo, el consumismo exacerbado, la droga, las guerras, etc. hay que OPONER LAS LEYES de la razón, las ideas, el diálogo constructivo, la tolerancia, la fraternidad y la solidaridad, y sobre todo el AMOR que todo lo puede; ya sea en la unión de dos personas; y en la sociedad, creando organizaciones y actos que inciten a sus ciudadanos a relacionarse y apreciarse, a concienciarse en materias sociales para construir “Paz y Amor en nuestros corazones”. Este es EL VALOR DE LAS IDEAS que son muchas y están en constante evolución porque son progresistas y abiertas.

Los otros; los que utilizan como leyes: la fuerza, la violencia y la manipulación; no tienen en su poder más armas que esas, y por tanto serán derrotados en cualquier foro donde se presenten a defender sus tesis.

Vivimos en un mundo complejo, y por ello las soluciones serán complejas; pero con diálogo, ideas, verdadero amor y deseos de Paz, se conseguirán compromisos importantes.

Desde ahora se hace necesario que LOS PAÍSES DEL MUNDO SE REÚNAN para abordar de una vez LOS PROBLEMAS MUNDIALES y establecer líneas maestras y calendarios para ir en serio a resolver las lacras que tanto ensombrecen a millones de vidas. Todos los países están obligados a sentarse a la misma mesa a dialogar; y en las contradicciones, ir buscando soluciones.

Todos navegamos en la misma nave; ricos y pobres. Todos vivimos en la Tierra y es el planeta en el que estamos. Por ello si un día la nave se hundiera (y la situación actual es verdaderamente grave); todos pereceríamos. Es hora de mirarnos a la cara frente a frente: para hablar, discutir y llegar a acuerdos; y luego unir nuestras manos y abrazarnos, no importa el color de las banderas de los países a los que se representan; ya seamos ricos, pobres o medianos.

Las informaciones que recibimos del Mundo, son suficientemente pesimistas; y tenemos que dejar a un lado el favoritismo y los intereses personales. Nuestro

planeta tiene comida para todos, y desgraciadamente solo un porcentaje minoritario le sobra ésta, mientras una mayoría pasa hambre y está bajo mínimos. “Todos tenemos derecho a disfrutar de la Tierra y de todo lo que en ella hay de bueno y hermoso”.

LA ESPERANZA, esa sensación de tonos verde esmeralda, la tenemos en el alma recogida y es ella la que nos da fuerzas para pensar que VAMOS A HACER UN MUNDO NUEVO, donde reine la alegría, el amor, la solidaridad y el abrazo hermano entre personas de diferente color, raza, ideología o religión; además con los animales y plantas en armonía. Estaremos agarrados de las manos, formando cadenas humanas, que den vueltas al Mundo; porque ya de verdad, en la Tierra, REINE LA PAZ.

Se encontraron ÁRABE Y JUDÍA
y es que el AMOR los unía.

Se abrazaron fuertemente
y un solo cuerpo parecía.
Con su abrazo, su AMOR demostraron;
y además a la vez, PAZ crearon.

David Domínguez Parrilla **“Papel charol”**

Cuenta la historia que hace mucho, mucho tiempo, cuando la palabra aún tenía el poder de crear, existió una pequeña aldea en donde las personas disfrutaban de libertad. Podían correr a su antojo, reír, llorar, gritar, volar, en fin, eran libres y sentían esa libertad. Sin embargo, cómo no todo podía ser perfecto, vivían su libertad en soledad. No conocían al resto de personas que vivían en la aldea y, además, desconfiaban de ellas.

Un día una persona morada, mientras volaba entre los árboles saboreando el aroma de la mañana, chocó contra una persona de color amarillo y aturdidas cayeron juntas al bosque. Cuando recobraron la consciencia y comprendieron lo sucedido rieron y rieron. Tanto rieron que se trabó entre ellas una amistad tan profunda que desde entonces caminaron y volaron juntas. Las demás personas de la aldea las observaron con curiosidad. Siempre habían creído que nada les faltaba, estando satisfechas y felices de su vida en libertad. Sin embargo, la sonrisa de aquellas dos personas ¡aquel tipo de felicidad nunca la habían experimentado!. Unos días después del choque aéreo de la persona morada y de la persona de color amarillo, otra persona, ésta de color rojo, rompió la cadena de la desconfianza y chocó intencionadamente con el dúo. Inmediatamente las tres comenzaron a reír y se hicieron amigas inseparables. Al día siguiente fue la persona de color verde la que chocó con el trío y al siguiente la persona azul la que chocó con el cuarteto, y así hasta que toda la aldea participó de aquella comunidad que había nacido fortuitamente entre personas libres y distintas.

Cuenta la historia que tanto chocaron y tanto rieron aquellas personas de distinto color que poco a poco fueron desapareciendo sus diferencias hasta que se convirtieron en esferas perfectas.

Y cuenta la historia que aquellas esferas perfectas, que chocaban continuamente sobre el tapete verde del bosque, quisieron dejar constancia de su felicidad y de su forma de vida a las generaciones venideras.

Y así cuenta la historia que, como símbolo de su armonía, nos legaron el billar.

David Domínguez Parrilla

“Capitán por una noche”

Había nevado durante tres días seguidos y el monte estaba impracticable. Hacía frío, era casi medianoche y el teniente Barrera avanzaba encorvado y a duras penas. Tenía un humor de perros.

- *¡Maldita sea mi estampa!. Esta noche, tenía que ser precisamente esta noche.*

Y es que precisamente aquella noche era Nochebuena y la iba a pasar lejos de su familia buscando a un rufián.

- *Tener que detener a un robagallinas en Navidad... ¡Maldita sea mi estampa!*

Pese a la irritación, aquel teniente de la Guardia Civil continuó avanzando, guiado por la silueta de las encinas y de las crestas de los montes cercanos, impulsado por su idea del deber.

El cielo estaba negro.

- *¡Maldito invierno!. No se ve nada.*

De pronto, algo relampagueó en el firmamento. Era una estrella, sólo una, que caía en el horizonte y brillaba más que el Sol. Era preciosa.

- *¡Una estrella fugaz!. ¡Rápido un deseo!. ¡Quiero ser capitán!*

La aparición fue efímera; el cielo pronto volvió a su innata oscuridad...

*- ¡Ay, maldita sea mi estampa! ¡Seré necio, todavía creo en tonterías de niños!...
Capitán, je, je, je, quiero ser capitán...*

El teniente Barrera siguió caminando, soñando despierto. Ya no tenía frío, sus pensamientos le abrigaban.

De pronto, entre la maleza, vislumbró un pequeño resplandor en una cavidad natural que el monte ofrecía.

Tal vez no le haría capitán, pero aquella estrella le había llevado directamente al cubil del Patas, el robagallinas que andaba buscando aquella Nochebuena.

En un gesto instintivo el teniente Barrera cargó su fusil y sin pensarlo dos veces irrumpió vehemente en la fría estancia tallada en la piedra.

- Alto a la Guardia Civil. Vengo a detener a...

Al teniente Barrera se le helaron las palabras en su ronca garganta; lo que encontró en aquel escondrijo conmovió su duro interior.

Una pobre mujer asustada acunaba en sus brazos al hijo que acababa de tener. A su lado, el Patas, con el rostro cansado y enjuto, se levantó arrastrándose...

- ¡¡¡Por favor señor no me detenga...!!! ¡Mi mujer estaba tan débil y tenía tanta hambre...! ¡Por favor...!

- *Esto... yo...*

Callado y avergonzado, el teniente Barrera bajó su fusil y se dio la vuelta hacia la negra noche, afectado por tanta belleza. Desapareció despacio, muy despacio, para no despertar al pequeño.

Detrás de él salió el Patas.

- *Gracias, señor capitán.*

- *¿Cómo... ? ¿Qué has dicho?*

- *Gracias, señor capitán.*

Aquellas palabras del pobre robagallinas resonaron en los oídos del teniente Barrera incluso cuando el alba calentó sus afiladas facciones. La estrella le había concedido su deseo.

- *Capitán por una noche... ¡Je, je, je...!*

Participante - modalidad Narrativa

Ana Gómez de la Fuente

“La paz, los cinco caminos”

La paz, nadie es tan rico para darla, ni tan pobre como para no ofrecerla a nadie.

En la paz hay miles de caminos, no pienses, y deja que te guíe tu corazón. Si has elegido el camino correcto, un rostro verás. No es una persona odiada y conocida por sus delitos, ni una persona que va todos los días que puede a rezar. No, es una persona intermedia, muy buena, pero que no conoce la paz. Sé amable con ella y dedícale tiempo a la enseñanza de la paz; porque no hay persona que necesite tanto la paz como el que no sabe lo que es. Esa misma persona te llevará a otro camino, en el cual, en una sala te encontrarás. Hay once lienzos pintados con el mismo Pegaso galopando en cada uno, pero va cambiando de postura... si reflexiona sobre ello, necesitas galopar mucho tiempo e ir progresando en cada uno de los movimientos de cada lienzo y llegar al precipicio más alto de todos y poder volar por fin. La paz es similar, al final tiene recompensa; todos te agradecerán lo que has hecho por ellos y te darán recompensa, lo prometido es deuda.

Ya has completado dos de los cinco caminos hacia la paz y felicidad. Ahora, nada más empezar el camino, caes a un mar que se va haciendo cada vez más oscuro a medida que caes. Has cogido el camino equivocado. No pasa nada, en la vida siempre hemos cometido errores, grandes y pequeños. Se puede solucionar, sólo tienes que buscar la palabra más bella de todas que hay en el mar. Estira la mano con los ojos cerrados y que te guíen los sentidos, toca, huele, abre los ojos para leer la palabra... ahí estaba, la encontraste, esa palabra era: amor. ¡Oh, bella palabra, Te haré cinco reverencias si me indicas la salida! Tendrás que decirle. Y como si

estuviese viva, saltará a tus manos transformada en una llave: dorada, con adornos en espiral por la enorme empuñadura. Buscar por el mar, hasta que encuentres una puerta en el sitio más inhóspito reluciendo como el oro. Cumple tu promesa y hazle cinco reverencias antes de meterla por la cerradura, si no, no se abrirá la puerta.

¿Ves el camino? Creo que no, es como si fueses una pulga en un cartel enorme de propaganda en blanco. Observa, hay un lápiz en el suelo, cógelo y traza el camino y objetos correctos según te guíe el corazón. Cuando hayas terminado, oirás una voz que unos pasos muy sencillos te indicará. Dibuja una puerta como te dicta la voz y acaríciala una vez; gira el pomo y escucharás chirriar la puerta muy fuerte. Verás en un trono, una pequeña llamarada de fuego azul que no quema y habla. Ya no tienes que dibujar nada, porque éste ya es el último camino; tienes que responder a una encuesta que la llama te preguntará, piensa bien, y di la primera cosa que se te pase por la cabeza. Esta es la prueba de la seguridad. Aciértalas todas y ponte feliz, porque hay premio reservado para ti. Una medalla, ni de oro, ni plata ni bronce, sino una llama que no quema, azul, pequeña, pero que no habla, colgada de un lazo brillante, luce reluciente en tu cuello. La prueba de los caminos has conseguido.

Participante - modalidad Narrativa

Ezequiel Merino Guerrero
“Requiem por un grillo”

Al cantar bajito la nana, como de un rito esotérico de los pensadores de la esencia se tratara, al niño que nació de la necesidad de querer, pienso si te ayudado lo bastante en el día de hoy. Que si al ayudarme tú al aparcar el coche, en vez de inventarme metal labrado en forma redonda y rojizo, me hubiera inventado una sonrisa o una conversación sobre la situación política a principios del siglo XX tras la Primera Guerra Mundial, te hubiera ayudado a sobrellevar mejor el día. A creerme por qué estás así, y ayudarme también a mi mismo, y la vez a ti. No se como solucionar esto.

Quizás que fuera siempre luz del día. Tal vez ese sea el final del túnel, y no me nuble la mente la luz de la bombilla. Tal vez.

Supuestamente, dicen que es un grillo loco que destroza neuronas, mientras alimenta a otro que desata pasiones y vale por dos, y que al estar uno ya viejo, y el otro hartos ya de canciones de cuna, discuten a diario para ver cual de los dos está mas sano y cuerdo.

Sinceramente, creo que están los tres locos.

-¿De verdad que las gallinas tienen alas Pepe?

- Claro que sí, las gallinas matan Jaime.-respondió el otro-

- ¿Qué sí? Pues yo no he visto nunca ninguna volar. Yo lo único que he visto ha sido los cañones en las esquinas de las calles y en las entradas de las Capitanías

Generales. Y esos no matan, te lo digo yo Carlos. Lo que verdaderamente mata es el pan.

-¡Venga ya! ¡Tú no sabes de Derecho Político! Y además, ¿el pan dispara balas o está afilado? Hazme el favor, no digas más tonterías Esteban.

-Pues a mi me han enseñado jugando a la gallinita ciega, que el derecho a la igualdad no existe. Somos en verdad diferentes a las gallinas, pero al fin y al cabo iguales. ¡Y no me contradigas Rufino!

-Una pregunta amigo, ¿tienes papel?

-¿Qué eres Guardia Civil?- preguntó Alfredo-.

-No, es para hacerme un cigarro. Desde que vi en las cajetillas una esquila en la que ponía que fumar mataba dejé el tabaco.

-¿Y por qué fumas Julián?

- ¡Me tienes negro! ¡A que te mato Fernando! ¡Y no soy racista!

-¿Qué me vas a dar pan? . No tengo hambre...-incordió Juan-.

- Puuummmm...

Eso fue lo último que se escuchó aquella noche, continuado de un largo silencio. Una tarde me desperté en el hospital. Por lo visto, me encontraron de madrugada en el portal de un bloque de pisos, algo desnutrido, y con la ropa algo estropeada por su mal uso. Llevaba tres meses y medio sin aparecer por casa, como si nada hubiera ocurrido. Y pasó su vida.

Cientos de pruebas y no dieron con la enfermedad. Ni un simple resfriado, ni

ansiedad, ni diarreas, ni el síndrome de Estocolmo. Llegaron a pensar en un secuestro, tras tanto tiempo de ausencia. Pero nada.

A los dos días de ingreso, por decisión de mis familiares, salí de las tripas de aquel pestilente dinosaurio viejo por mi propio pie - como dijo el poeta del balcón altísimo-. A eso de media mañana al darme el alta, el calor rompía caras, y sonaban mas que nunca las conciencias de la mañana, mientras yo ausente solo escuchaba los insultos de un taxista que peleaba con un cliente porque se negaba a pagarle, y me afanaba porque en mi imaginación la discusión llegara cada vez a más.

Para entretenerme un poco, me tenían de recadero, así que pasaba mañanas enteras en la calle de un sitio para otro. Veía a gente a deshoras en la calle dormidas en el suelo, lo llevaba viendo de siempre, ¿por qué no se buscan un trabajo de una maldita vez? Retransmitían un partido de fútbol en el bar de debajo de casa, parecía que no acompañaba el día con los jugadores, porque los aficionados del bar pegaban voces de desconcierto, acordándose de la madrina de la boda del portero. Así dormía mi pueblo aquella noche.

Pasaba olímpicamente de ver el parte diario del mediodía, no me interesaba ver siempre lo mismo, tantos problemas como tiene la gente. ¡Que se busquen la vida hombre!

Tuvo que ser una tarde, me dijo un amigo que había leído en un diario que había

plaga de grillos en la zona.

Ahora se dio cuenta, por las noches no escuchaba nada, solo sirenas y ruido de coches. Ya no escuchaba a esos dos chiflados en su cabeza, solo escuchaba hablar a las chicharras de día.

Había perdido la conciencia.

No le preocupaba mucho, era igual que los demás, y los demás eran felices.

Ya no había plañideras para llorar por la suya, ya que los demás no tenían conciencia para derramar lágrimas que lastimaran las propias.

Participante - modalidad Narrativa

Juan Carlos Pérez López
“Sombras”

En modo alguno somos cobardes quienes estamos atenazados por el miedo. Podemos sentir pánico frente a la posibilidad de que el frío acerado del cañón de una pistola escoja nuestra nuca para blandir sobre ella su dictadura. El temor es lícito cuando amenazan nuestra integridad física. Pero no por ello nos hace acreedores de cobardía. ¡No! Me revelo contra dicha sentencia. La cobardía es propiedad inalienable de esos valientes que enarbolan la repugnancia del disparo seco, traicionero, como bandera de su nauseabunda lucha por un ideal, que es huero puesto que la barbarie usada en su nombre así lo ejecuta.

Vive en un pequeño pueblo, allí donde la estrechez de las calles hace las veces de desaguadero por donde se derrama el miedo de manera despiadada. Nadie desea ser objetivo del dedo acusador de la intransigencia ni blanco para la mano de un matarife que no cesa de enjuagarse la sangre de sus actos criminales sobre la esperanza de los pueblos que anhelan vivir en paz, que sueñan con establecer un marco de convivencia donde ensalzar los valores democráticos.

Su nombre poco importa; sí la responsabilidad que espoleó su conciencia. Porque nada más tomar esa firme decisión – arrimar el hombro pro de la libertad- su rostro apareció como diana para gloria de la intransigencia. Recibió insultos, amenazas telefónicas... pintadas vejatorias en la blanca fachada de su vivienda. Pero lo que más le dolió fue comprobar cómo ciertas amistades le fueron dando la espalda. Recelaban de su presencia, arguyendo que ésta lindaba límites peligrosos, demarcaciones cual si asemejasen campos sembrados de minas

unipersonales. Alzaron un cerco invisible alrededor de su persona, un muro para discriminados por razón de pensamiento.

No piensa en renunciar a su lucha. Jamás se amedrenta ante nada ni nadie; se mantiene firme en el ejercicio de sus derechos. Está al pie de sus fuertes convicciones; demuestra solidaridad para con quienes sienten la opresión de esa mordaza que silencia los rumores de la libre expresión; trata de romper los grilletes que secuestran la convivencia tolerante. No pretende protagonismo alguno por ello.

Nunca ha considerado la idea de abandonar su tierra, los valles donde nació y creció; nunca cruzó la imagen del exilio por su cabeza. Considera que nadie puede alzarse como dueño y señor de la patria que se comparte con toda la ciudadanía por razón de cuna, pero también por fuerza de lazos sentimentales.

La mañana despierta con bostezos grises. Una débil llovizna estalla en el pavimento de unas calles desiertas, creando un murmullo de melancolía. Siguiendo una rutina diaria, compra el pan, la prensa..., goza del aroma de un café recién hecho. Pasea. Percibe la huella gélida de una sombra. A su espalda, y protegido por una capucha de impunidad, aúlla un negro atisbo de tragedia, cargado con incertidumbre anónima, traidora. ¡Gran coraje el de los pusilánimes!

El eco del estruendo escapa a cámara lenta por las angostas callejuelas del barrio, apremiando a los pasos acelerados del vil criminal en su huida. Una lágrima cruza con su carga de tristeza la mejilla de la víctima. Sus ojos empañados se entrelazan con la mirada timorata que deja escapar un visillo descorrido desde una ventana próxima, donde una mujer contempla la escena, ella alarmada por el estruendo, cariacontecida, paralizados sus músculos por el espanto. Todo se torna oscuridad.

Han pasado varios meses desde el atentado. El pueblo aún sigue consternado, sobrecogido, pero pendiente de una esperanza, la que nunca debe quebrarse. Cada sábado, como recordatorio de la hora del golpe terrorista, la gente se arremolina alrededor de su casa, cerrada a cal y canto desde que le descerrajaron una bala en la cabeza. Flores y velas son depositadas junto a su fotografía, a modo de homenaje sincero de sus paisanos y paisanas. Cada semana que transcurre, la afirmación pública es más intensa; son más y más quienes se concentran junto a su vivienda durante unos minutos emotivos. La libertad llama a su puerta; lo hace cada vez con más ahínco. Las cosas están cambiando: el temor singular está siendo acorralado por el empeño plural.

Hoy se cumple justo un año. Le han dado el alta médica. Vuelve a su pueblo, a retomar su vida, la misma que intentaron troncharle. Las calles están desiertas. Hay pleno municipal. Su silla de edil por voluntad popular aguarda vacía desde hace tiempo, ansiosa por recoger de nuevo la vitalidad de su cuerpo, pero también la de sus ideas.

Se dirige hacia el ayuntamiento. Pocas son las miradas indiscretas, o recelosas, que desde las ventanas siguen su marcha. Ésta es acompañada por los pasos de su guardaespaldas; caminan despacio, pero con firmeza. Al girar la esquina, un estruendo mudo les atrapa por sorpresa: todo el vecindario se encuentra concentrado en la plaza del Ayuntamiento. Le abren un pasillo. Lo recorre con una emoción contenida apretando en su garganta. Una sombra, una sombra amiga vela sus pasos. En la puerta del consistorio aguarda la corporación en pleno; nadie falta. Estrecha la mano del alcalde. La gente prorrumpe en aplausos. El pueblo retoma con normalidad su actividad política.

Algo ha empezado a cambiar.

Suena el despertador. No sabría diferenciar si he tenido un sueño o una pesadilla. Compro el pan, la prensa. Olfateo un buen café. Me dirijo al ayuntamiento. Las calles están en silencio, acunando su soledad. A lo lejos, un barrendero batalla con las hojas secas que cubren el suelo; revolotean, atosigadas por ráfagas de aire traicionero. Escucho pasos. Me giro; no encuentro a nadie. Suspiro. No todo sigue igual que ayer; por detrás susurra el miedo, pero por delante resopla la esperanza. Hacia ella me dirijo.

A todas las víctimas del terrorismo, en la esperanza de que la voz plural que clama por la libertad neutralice la voz singular que trata de imponer la opresión.

Juan Carlos Pérez López
“Ahora entiendo todo (Alejandra)”

Llamo papá y mamá a quienes en realidad fueron las personas que me educaron: mis padres. Hasta hace bien poco constituían mi mundo, pero los cimientos sobre los que se apoyaba levantaban un hogar inestable. Hoy he sabido que he sido criada por el enemigo. Mi alma despierta. Ahora entiendo todo.

Me cuentan que fue un militar llamado Agardo Berchmans quien me entregó a mis padres. Me arrancaron de los brazos de mamá cuando yo era su bebito, cuando apenas contaba unos meses de vida, y contaba para mí cada segundo de mi corta existencia para pasarlo pegada a su piel, para recibir la protección que sólo la llamada de la sangre es capaz de otorgar. No quiero decir con esto que quien acoge no ampara; nunca. Quizá quien cría sin sangre de por medio ejerce una labor de entrega sublime, pero los lazos de sangre ejecutan grilletes de piel indescifrables e irrompibles. Y maneras de custodia como las que viví inventan eslabones de esclavitud. Ahora entiendo todo.

Supongo que mamá andará con el alma desgarrada, sin saber por dónde he marchado yo; quizá, y solo lo supongo, ella ya no está en su empeño de mamá. Tal vez haya sido mejor así, pues de lo contrario habrá pasado su vida con el ánimo amputado, con su espíritu hecho añicos. Sólo se puede vegetar, cuando te esquilmán las raíces, si estás aplastada bajo la ignorancia, o malvives otorgando grados de familiaridad a quien en realidad es cero de tu sangre. Yo he vivido así, encharcada por la evidencia de no saber de mis raíces ciertas. Creí tenerlas echadas en una tierra cualquiera cuando en realidad se aferraban a los dominios pantanosos

que contienen aguas putrefactas y malolientes. Sin embargo, mis padres supieron mantenerme a salvo de los hedores que ellos mismos crearon para envolver mi existencia. Hoy he sabido que tengo mamá y he comprendido de golpe que he dejado de sentir cualquier atisbo de cariño por mis padres. Ha sido un salto al vacío, a un inmenso páramo vacante, al final de cuyo dominio encontraré como horizonte los brazos abiertos de mamá para envolverme entre ellos con dulzura y ternura. Tendremos una oportunidad para recuperar lo perdido. Ahora entiendo todo.

Según me cuentan, ha sido la labor infatigable de mi abuela la que ha abierto las cerraduras que mantenían mi vida enclaustrada a cal y canto en una existencia que no me correspondía. Ella, la abuela, no desmayó en el empeño. Empujaba a su hija día a día para que no desfalleciera en la búsqueda de una parte de si misma que le cercenaron sin anestesia de por medio. Mamá decaía en su empeño, pero allí estaba la abuela para ayudarla a levantarse, a recuperar fuerzas con las que encarar un nuevo día, una nueva batalla de esta guerra cuyo armisticio sobrevendrá amparado y avalado por un abrazo íntimamente arropado por silencio: el que mana de dos seres que no se conocen, pero cuyas sangres confluyen en un mismo punto y lugar. Ahora entiendo todo.

Dicen que pronto estaré con ella. Sueño con ese momento. Sólo nos separan unos cientos de kilómetros, pero este amor que registro adentro tiende puentes hacia ella con una velocidad imparable. Cuando al fin estemos frente a frente iniciaremos

nuestras vidas desde el punto muerto en que nos las dejaron aquellos seres, hombres que a pesar de obedecer a la maldad deben ser llamados personas. El odio no vale, la justicia sí. Ahora entiendo todo

Habrá un nuevo tiempo, un desconocido amanecer en nuestra existencia; un camino suave para andar de la mano cálida de mamá, una senda para que ella perciba en mi piel la calidez de una hija que recupera la verdad de su vida. Ojalá sea así. Ahora entiendo todo.

Ahora entiendo aquellas fechorías, cuando amparado en la noche, y cobijado en el silencio cómplice de mi madre, abusaba de mí. Él entraba a hurtadillas en mi cama para alzar sus repugnantes bravuconadas sobre mi piel de niña inocente y desamparada, acometidas de un padre sin escrúpulos sobre un cuerpo de niña inocente, desprotegida.

Espero que todo se borre al amparo de mamá. Hemos decidido reencontrarnos en el mismo lugar en el que nos separaron: en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA). Será nuestro punto y seguido para afrontar mano con mano, caricias, unos asuntos que no merecen una Ley de Punto Final.

Ahora entiendo todo. ¡Luchemos por la verdad... por la Justicia!

A todas las víctimas marcadas por la dictadura argentina para ser masacradas por el fanatismo, para que nunca pierdan la esperanza, motor de la libertad.

Juan Carlos Pérez López
“Sobrevolando territorios comanches”

El miedo es una rata que corroe la libertad de conciencia de las gentes de bien. Pero también sella nuestros labios, infectándolos de rabia.

A veces, cuando queremos dejar volar las palabras, cuando las exiliamos de nuestras mentes para con ellas dar forma tangible a las ideas, surgen los territorios inexplorados; espacios donde bullen los peligros a sus anchas, pastando en páramos yermos donde nuestras cuitas campan a su antojo para acongojarnos. Sobrevolarlos, en el noble ejercicio de la libertad, supone, en contadas ocasiones, un acto de valentía tan sublime como el vuelo de una paloma blanca que sobrevuela el peligro en la ignorancia de que por debajo de ella acechan los cañones de mil escopetas cobardes.

Por eso apreté mi trasero contra el asiento de la silla del escritorio. Seguro estoy que fue un acto nervioso y reflejo, un intento visceral para mantenerlo a salvo. Encendí el ordenador, y la pantalla iluminada, bailando mis dedos en las letras del teclado, me conquistó por completo. Quedé subyugado por la virginidad del papel electrónico, un manto blanco de autonomía personal. Aparecía frente a mi vista como un continente inmenso a la espera de ser conquistado. Lancé mis ideas –palomas deseosas de libertad- a explorar territorios hostiles. Descuidado de todo, ante el ansia febril por remontar el vuelo, la libertad de expresión agitaba sus alas, nerviosa y deseosa de ser ingrávida. Tanto tiempo empleado para darle cuerpo a las imágenes, recluidas en mis laberintos neuronales, y por fin la puerta de la jaula dejaba franco el paso hacia la libre expresión de la persona, sin esposas que ligen la voz al terror para generar afonía.

Desnudé mis sentimientos y vomité sus ropajes sobre la blancura de aquella hoja colmada de pureza. Su virginidad aguardaba los latigazos de tinta, para ver mancillados sus dominios en aras de mil borrones soberanos. Se desvelaron ante mis ojos en ese instante, como una cama vestida de manera perfecta por cuya superficie yacían vestiduras en un pulcro desorden. Daban a entender el cómo y el por qué de la persona que allí los dejó extendidos. Miré. Los observé durante largo tiempo, y empecé a quererlos, ganando mi corazón un retazo de orgullo por ellos. Sólo me faltaba el trance final, un empujón de valentía: otorgarles libertad, independencia.

Mis pensamientos, aquellas reflexiones cautivas por tanto tiempo, sólo necesitaban de una nueva pulsión, de un último golpe sobre una tecla: la de “enviar”. Mi mensaje, mi paloma, quedó dormida. Plegó alas. Sentí el miedo de los que solo piensan y no son capaces de dar forma a las ideas con palabras. Aprecié, recorriendo todo mi cuerpo, el terror que atenaza allí donde se limita la libertad de expresión. Entendí a gran parte de la sociedad vasca, y tuve miedo a contagiarme de cobardía. Fue entonces que los aleteos tomaron nuevo vigor, azoraron mis entrañas.

Cerré mis ojos, abrí mi boca, y lancé mi paloma a surcar territorios comanches con su mensaje de PAZ, anuncio que entre todos debiéramos hacer tronar, con tanta fuerza que hiciese acallar el rumor traicionero de las balas cobardes.

A TODAS LAS VICTIMAS DEL TERRORISMO, PARA QUE SU RECUERDO
PERDURABLE DESPABILE A NUESTROS MIEDOS Y LOS HAGA SALIR A
LA CALLE, PARA QUE EN ELLA SEAN NEUTRALIZADOS POR EL DESEO
INALIENABLE DE HOMBRES Y MUJERES POR VIVIR EN PAZ Y LIBERTAD.
PORQUE NINGUNA IDEA DE CONCORDIA ES MERECEDORA DE MORIR
A MANOS DE CUALQUIER IDEA TOTALITARIA QUE APOYA SU SINRAZON
EN LA BARBARIE IRREFLEXIVA DEL TIRO EN LA NUCA O LA BOMBA
INDISCRIMINADA.

Participante - modalidad Narrativa

Francisco Ramírez Postigo

“Crónica de un sueño”

Cuando, semidormida el alma reposa entre el sueño y la realidad y vienen a la mente los reflejos del inconsciente, se llenan de misteriosos duendes las brumas de la noche y a veces el sueño se anticipa a sucesos de la vida real, que unas veces pueden ser felices y otras llenos de malos presagios.

Yo he soñado muchas veces un mundo de felicidad, donde no tenía cabida la maldad ni el odio y otras me he despertado llorando cuando, por el contrario, estaban llenos de ruina y desolación. He pasado por las bellas mansiones de la dicha en brazos de un sueño feliz y he bajado a los abismos del tiempo descubriendo mundos de inmundicias. Así ocurrió aquella vez, en la que viví uno de esos sueños de mal agüero.

Mi nieto Juan Luis había salido de viaje con su padre para asistir a un acontecimiento deportivo y esperábamos su llamada telefónica a su llegada. Esta no se produjo porque llegaron bastante tarde y nosotros tampoco, pasada la hora prudencial de hacerlo, quisimos telefonar, con lo cual nos acostamos preocupados sin saber si habían llegado bien.

Yo cogí el sueño con cierta desazón y pasé la noche en dormivela, en ese estado en que ni el sueño se hace conciliador ni se está despierto a la realidad. Soñé cosas que aún no sé si podré poner en pié, fueron horribles.

El cielo de un color claro, de pronto se oscurecía y negros nubarrones traídos

por un viento huracanado empezaron a ponerlo siniestro. Miles de pájaros raros (jamás vistos en la realidad) cruzaban el espacio emitiendo horribles graznidos que presentían algo fuera de lo normal. Grandes bandadas de gigantes murciélagos golpeaban mi ventana y al poco se convertían en horribles seres que entraban en mi alcoba. Un ejército de ratas de todos los tamaños que paseaban a mí alrededor sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo. Se dirigían después no sé adonde, a un sucio refugio donde habían instalado una sucia tribuna que presidían horribles reptiles que no quiero recordar.

La noche escondía sus sucios comportamientos y el sueño, mi sueño, se interrumpía una y otra vez para luego seguir con la misma monserga. Después salían de las alcantarillas ocultándose entre las sombras y se dirigían a cumplir órdenes de alguien que, aunque también oculto, se presentía su maligna figura de serpiente.

Un mal olor impregnaba el ambiente, olor a azufre quemado, a humedad, a orín, a cera recién apagada que formaba una mezcla que se hacía irrespirable. El río bramaba en su corriente impetuosa como si alguien, allá en el infinito, hubiese abierto las compuertas de la tempestad y dejado venir las aguas del diluvio. Poco a poco, una infinita calma llenó mi espíritu y llegaba hasta mí una música de violines traída por la brisa. Oí a lo lejos algo así como un confuso estruendo y presentí, como en aquel poema, el crujir de unas ramas. Vi como un frondoso pino y una bella Jacaranda se precipitaba sobre el suelo al impulso de un violento viento movido por una fuerza diabólica al tiempo que dos soplos de vida volaban hacia el infinito.

Pasos cobardes se oyeron huir en la oscuridad de la noche y un silbar de sirenas atronó el espacio. Gente que corría de acá para allá sin norte ni sentido. El cielo que otra vez se había quedado completamente claro, lucía una tempestad de estrellas que hacían fugaces danzas como si allá en lo alto, algo especial se estuviera fraguando.

Al amanecer los pájaros quedaron enmudecidos de terror, la acera de aquella calle solitaria se llenó de flores traídas por el viento y un nido de pajarillos indefensos se quedaron esperando, el regreso de aquellas dos almas que volaron.

Más tarde una gran bandada de palomas de todos los colores, sobre volaban las calles de una gran ciudad con sus ramos de olivo en el pico. Pedían Paz, Amor y Libertad.

Algún pájaro raro se mezclaba con ellas y mostraba en su pico su ansia de carroña pero un ruidoso batir de plumas acallaba sus consignas de mal agüero.

Un coro de ruisiñores, presididos por un gran maestro, afinaban sus flautas y acompañados por la música del viento entonaban sus preces al Cielo de condolencia y esperanza. Grandes congregaciones de otras latitudes se unieron al cortejo formando una fila interminable.

Cuando este se aproximaba a mi altura, llamaron a mi puerta y desperté de aquella pesadilla en la que se habían mezclado historias de otro tiempo.

Todo turbado me eche de la cama y me precipité a abrir, me siguió mi esposa alarmada también por mi actitud, alarma que se multiplicó al comprobar que la que llegaba era mi hija y por la circunstancia de que ella jamás tiene costumbre de llegar a mi casa a esas horas sin motivo aparente. Al abrirle la puerta del piso, la encontramos nerviosa con la preocupación reflejada en su rostro con lo cual pensamos que algo le había podido ocurrir a nuestro nieto. Ella como pudo nos aclaró que no era así y nos explicó que se había producido en Sevilla un monstruoso atentado. Nos puso al corriente de lo que sabía y se marchó a su trabajo. Pusimos el televisor y ya pudimos saber en toda su magnitud lo ocurrido. Para qué repetir cosas que todos sabemos.

Mi sueño, desgraciadamente, había sido el presagio de la dolorosa realidad y vivimos llenos de pesar, también de tristes recuerdos, aquellas amargas horas escuchando las noticias que se daban del caso y uniéndonos de todo corazón a ese gran duelo de todas las personas de buen sentir.

Yo, que viví mi orfandad en edad tan temprana y que sufrí tan de cerca cosas tan parecidas, sólo pienso en esos niños que jamás podrán comprender el porqué de su tragedia y en esos abuelos que han tenido que vivir la muerte de sus hijos de forma tan espantosa.

Qué Dios les dé resignación para soportarlo y Él permita que, de alguna manera, se unan los que rigen los destinos de nuestra tierra, para acabar de una vez con esa incertidumbre que enturbia, con el terror, la paz que los españoles nos hemos dado haciendo un gran sacrificio, algunos, para allanar caminos y limpiar llagas de otro tiempo, imposible de borrar de nuestra memoria.

Así sea.

Gregorio Ruiz Serrano

“El tren de cercanía o convivencia entre hermanos”

Ni su avanzada edad, ni la torpeza en su andar al apoyarse en el bastón, fueron razón para que aquella multitud de personas le dieran preferencias para subir al tren de cercanías procedente de Lora del Río que llegaba con retraso a la estación de Santa Justa con destino a Utrera.

Cuando pudo acceder al vagón más cercano ya el andén estaba vacío y el tren a punto de partir, miró al fondo del compartimento, todos los asientos estaban ocupados y los viajeros con miradas distraídas y con gestos de disimulo, para no darse por enterados que había una persona mayor apoyado en un bastón, que hacía lo imposible para mantenerse en pie. Algunos pensarían: ¿Qué gano yo con dejarle mi asiento a una persona que ni conozco ni jamás voy a ver?

Pero no todos pensaban igual.

Había un hombre de mediana edad moreno, de pelo rizado y con sonrisa seductora, ocupando un asiento junto a una ventanilla, que alzando la voz con un poco de timidez dijo.

- Señor, señor, ¿Quiere usted sentarse? A la vez que se levantaba con la intención clara de dejarle su asiento.

Todos los presentes pusieron la vista en él.

- No se moleste, respondió el hombre mayor dudando de lo que decía, se notaba que era una contestación de cortesía.

- No, si no es molestia, yo me apeo pronto.

- Si es así le cojo la palabra, bueno más bien el asiento; muchas gracias señor, tengo necesidad de sentarme, mis piernas están delicadas y se niegan a obedecer.

Una vez instalado en el asiento junto a la ventana, observó que aquel buen hombre estaba de pie cerca de la puerta agarrado a la barra de apoyo y que dejaba pasar los apaderos de García Morato, Bella Vista y Dos Hermanas.

Llegando al final del trayecto, vio que aún había viajeros que seguían de pie, algunos eran de avanzada edad, después miró a los que ocupaban los asientos, muchos de ellos jóvenes, que ponían la vista en ningún punto determinado, otros miraban por las ventanillas como corrían los olivos nazarenos, mientras rebaños de ovejas mordisqueaban los retoños de los ramones.

En un momento de meditación se dijo para si: Ya no hay sentimientos, los jóvenes han perdido el respeto, no quieren leer e ignoran el letrero que advierten que los mayores, embarazadas o mutilados tienen preferencia de asientos

¿Por qué su moral no les advierte que hay que ceder el asiento?

Si, si, mucha lastima por esos ignorantes inmigrantes o espaldas mojadas, que nos están quitando los trabajos, muchos de ellos son trabajadores de pacotilla, sin ningún tipo de conocimientos y menos de urbanidad, que se vayan a su tierra que es donde deben de estar y seguro que habría menos robos. España, por culpa de los inmigrantes se va a convertir en un país sin ley.

Otra cosa, los que te exigen comprar pañuelos en los semáforos, a saber cuanto han ganado al final del día, bueno de lo mío poco, porque a estos inmigrantes o como quiera que se llamen no les doy ni una gorda.

Llegó a Utrera, se apeó del tren y salió de la estación con paso vacilante, caminó junto a la acera buscando la poca sombra que había en esa mañana veraniega. De cuando en cuando paraba y descansaba por culpa de la cojera, después emprendía camino hasta cruzar la calle por un paso de peatones y entraba en la cafetería donde solía desayunar todas las mañanas.

- Buenos días Pedro, era un saludo de rigor.
- Buenos días don Camilo, su mesa está reservada, ¿La tostada poco hecha y el café largo de leche con sacarina como siempre?
- Si Pedro, no se por qué lo preguntas, ¿No lo recuerdas de una vez para otra?

Entonces lo vio en un rincón sentado, como teniendo miedo de que lo vieran, queriendo pasar inadvertido, era el mismo, aquel hombre que sin conocerlo de nada, le cedió el asiento en el tren de cercanías.

- Chiss, chiss Pedro, ¿Conoces a ese que está sentado en aquel rincón?
- Mire don Camilo, ese señor es un hombre de paz, inmigrante puertorriqueño, ingeniero en su país, de donde vino hace cinco años y al no encontrar trabajo se dedica a llevar maletas de viajeros desde el hotel a la estación o viceversa y cuando puede aparcando coches, es persona de buenos sentimientos y muy educado, a pesar de estar lleno de nostalgia. ¡Más quisiera yo que muchos de mis parroquianos fueran como él!

Don Camilo, avergonzado y lleno de remordimientos por los malos pensamientos que había tenido aquella mañana contra los inmigrantes o espaldas mojadas como los llaman algunos, no sabía como pedir disculpas, sólo dijo para si ; - bueno ya veré la forma de pedir perdón, porque no se quién dijo en cierta ocasión, que reconocer un error es de sabio.

- Pedro, por favor, ¿Quieres decir a ese señor, que sería un honor para mí que quisiera desayunar conmigo?

Carlos Salas Alba

“Forzado azar”

Tras tu apacible caminar ronronearán las hojas, sin dudarlo se arrojarían al suelo, convirtiéndose en una estrellada alfombra para tus pies y así impedir que un ser con un rostro tan divino tenga que padecer los males que han hecho que, el hoy, sea un infierno. No sabes como lamento dejaros solas a ti y a tu madre. Pero cariño, ¡he de poner fin a esta locura! En mi retina siempre llevaré anclada tu sonrisa. Aun eres muy pequeña y no quiero que nadie te de una imagen demasiado heroica de mi, por eso antes de que sea demasiado tarde te contaré lo que ha ocurrido. Y recuerda que pase lo que pase, aun amanece gratis.

Hacia ya algunas horas que la noche había puesto el cerrojo al día, tu dormías mientras tanto tu madre como yo estábamos sentados el uno frente al otro, la miré y ella entendió que debía marcharme. No puedo explicarte los pormenores, solo decirte que un grupo de hombres se hicieron con el castillo y allí se establecieron, poco a poco fueron imponiendo el terror, trataban de someternos, de forma esporádica bajaban al pueblo para castigarnos por lo que ellos consideraban el gran pecado de creernos libres, e incluso iguales a ellos. Hasta hace dos días yo estaba tranquilo, no tenía nada que temer. Pero pasaron dos cosas, una es que tú naciste, tu sola presencia me sirvió para darme cuenta de que no quería que vivieses en un lugar donde el miedo es el dios reinante; por eso fui a la plaza del pueblo, donde nuestros “señores” colocaban lo que yo calificaré como dogma de fe y ellos designaban como leyes. Derecho de pernada, impuestos abusivos y otra serie de obligaciones que en su día toleramos. ¡Yo al igual que todos me mostré débil!, pero con paso enérgico me dirigí hacia los tabloneros en los que se mostraban las leyes y les prendí

fuego, al principio hasta oí aplausos, las almas de mis camaradas ansiaban romper esta humillación; pero querida hija, el miedo es un collar que aprieta demasiado, en poco tiempo ya me habían delatado.

Al llegar a casa, te encontré entre los brazos de tu madre, sentí auténtico pavor, en ese instante golpearon la puerta, la abrí y en el suelo encontré un papel en el que solo se leía una P y tal vez una E, el resto estaba difuminado, casi ilegible, sin duda era señal de que venían a por mi.

Aquí es cuando miré a tu madre y cogiendo un pequeño puñal marché rumbo al castillo. Tan solo buscaba una respuesta, un motivo, un por qué. ¡No miré atrás! Sin demasiados contratiempos llegué a las puertas de la fortaleza, estaba deteriorada pero no lo suficiente como para facilitarme la entrada, observé la puerta, un escalofrío recorrió mi espalda y sentí como si alguien me empujara hacia adelante, las enormes hojas de madera de la puerta se entreabrieron, las bisagras chirriaron y su sonido inundó el ambiente. Al entrar al patio había un montón de heno sobre el que dormitaban dos guardias. Al patio daban multitud de puertas, no sabía cual elegir, un haz de luz lunar parecía indicar un portón, lo tomé como una señal y me dirigí hacia ella. Traté de abrirla, -¡Cerrada!- pero tenía que entrar, saqué el puñal y como pude rompí la cerradura. Cuando entré creí dejar de vivir.

Aparentemente era una habitación como cualquier otra con una enorme cama, una mesa y una silla. Sobre la silla reposaban unos restos mortales, una huesuda cabeza

yacía sobre la madera, al recuperarme me acerqué y vi que la mano izquierda sostenía una pluma aun húmeda, bajo la cabeza había un papel, solo tenía una palabra, PERDÓN, la caligrafía era igual que la del papel que encontré en la puerta de casa, lo cogí y al hacerlo observé algo grabado en la mesa.

Mi ideología solo son errores de juventud, una mezcla de precipitación y falta de experiencia. He creado un monstruo, hombres que se creen superiores y con derecho a todo tan solo por pertenecer a un grupo o raza. Al darme cuenta fui encerrado. Lograron poder y este les nubló el juicio. Soy mi propio prisionero, si hubiese vaticinado el dolor y la muerte, hubiera preferido... no vivir, no errar, no adoctrinar. Mi tiempo se acaba, no puedo dar marcha atrás, deseo un suspiro de vida para rogar perdón.

Al leer esto decidí escribirte. Querida hija debes saber que nada es fácil sin fe. Debemos erigirnos en los dueños de nuestro destino, en los demiurgos de nuestro futuro. Nuestro mundo no es una herencia de nuestros padres sino un préstamo de nuestros hijos. Por eso debes aprender a desconfiar de los defensores de un solo ideal, de ellos al fanático, hay solo un paso.

Daniel Sánchez Bonet
“Maestro Rafael”

Internauta del más allá

Armando y Hugo son dos chavales españoles a los que su adolescencia no les ha sentado nada bien. Ayer mismo fueron detenidos por pinchar las ruedas de más de un centenar de bicicletas. Dicen ellos, que simplemente son así, que les gusta hacer gamberradas y reírse de los demás. Han reconocido también varios hurtos y atracos, sobre todo a personas indefensas como menores y ancianas o incluso al vecino del primero, un chaval como ellos, que, sin embargo, va en silla de ruedas desde los diez años por un accidente fortuito en la carretera. Armando y Hugo dijeron en comisaría que les hubiera gustado ser los conductores suicida de aquel maldito coche.

Uno de los agentes que se encontraban en la comisaría, un tal Rafael, pronto se interesó por el caso. Rafael era conocido en el cuerpo como el poeta de azul por su pasión por las letras y por el uniforme que llevaba cada día para ir al trabajo. El jefe no lo dudó y le encomendó la misión de cambiar la vida de los dos jóvenes rebeldes. A Rafael, enseguida se le ocurrió una idea y aquella misma tarde se reunió con los chicos.

Armando y Hugo parecían dos gotas de agua. Ambos, tenían dibujados sobre el rostro la sonrisa del maligno y en sus miradas, la llama del infierno brotaba vigorosa hasta alcanzar las pupilas ennegrecidas de sus ojos. El poeta de azul, comprendió entonces, la dificultad de conllevar su labor, por lo que sin perder

más tiempo, les preparó una lección básica de poesía. Así, les enseñó el poder de las palabras y les abrió las puertas a un mundo de expresiones cordiales y rimas risueñas. Ellos, a pesar de sus reticencias iniciales, tuvieron que aceptar la invitación.

Tras varios encuentros con los jóvenes, Rafael decidió llevárselos a África para que conocieran en primera persona a dos niños soldado que el mismo bautizó con los nombres de Armando y Hugo. Lo pensó así porque los dos niños ni siquiera tenían un nombre de pila y sólo sabían responder a la llamada de las bombas, mientras invocaban sus motes de guerra y apretaban fuertemente las mandíbulas.

Al llegar al continente africano, los muchachos pronto comprendieron que los fusiles que colgaban de los todavía débiles hombros de sus homónimos les podían apuntar en cualquier momento. Sin embargo, la violencia ya no les seducía, porque después del período transcurrido junto al maestro Rafael, esa palabra tan ridícula e insignificante no representaba ya, para ellos, nada especial. Pasaron allí varias semanas, durante las que pudieron observar en primera línea de combate la miseria y los desechos que se apilonaban detrás de los conflictos armados que asolaban las regiones menos desarrolladas de África. Armando y Hugo regresaron finalmente a España.

Una vez allí, se sirvieron de las enseñanzas de su maestro Rafael para poner su particular granito de arena en la lucha contra la violencia más encarnizada.

Decidieron primero tomar un **tanque** de cerveza. Tras saciar su sed de misericordia, afilaron las **minas** de sus lapiceros y llenaron sus **rifles** con cartuchos de tinta. También se colocaron unos **cascos** en los oídos. A continuación, dibujaron un paisaje llenos de *sierras nevadas* y *arcos de triunfo* y recrearon una feria ambulante en donde los *cañones* eran cañones de circo, las *pistolas*, pistolas de agua y las *escopetas*, escopetas de feria. Sobre un río, añadieron una flota de *barcos* de papel y en sus aguas saladas, unos peces llamados *emperadores*. Entonces, empuñaron sus *espadas* de madera y, apuntando al cielo, rogaron fidelidad a la causa.

Rafael les aplaudió orgulloso y ante tal exhibición de poesía, les dejó marchar, convencido de que los ojos de aquellos muchachos eran el reflejo traslúcido de sus ya pacíficas almas humanas.

Daniel Sánchez Bonet
“Sala de ordenadores”

Internauta del más allá

En el instituto de mi barrio, la sala de ordenadores se ha convertido en un lugar concurrido y se cuenta que algunos alumnos pasan allí largas horas chateando y que incluso han llegado a quedar con otros que conocieron a través de la red. Armando la idea le seducía, sin embargo, sabía que nadie querría quedar con un chico de color negro como él.

No tenía amigos, sólo algunos de sus profesores se habían interesado en su caso. Ahora salía de la clase con la mochila en la mano y cabizbajo. Salía solo, mientras el resto de los chicos se citaban alegres para jugar un partidillo a la hora de la merienda. Armando escuchó la hora, pero no iría a jugar porque simplemente no le dejaban sus compañeros. Antes de salir del instituto, Armando aprovechó para ir al baño. En su camino, se paró de repente ante una ingente multitud que aguardaba reunida. Alzó la vista. Estaban todos fuera de una clase, como si estuvieran haciendo cola. Al acercarse allí, un cartel en la puerta decía: sala de ordenadores. Después de esperar unos minutillos, Armando entró. La sala estaba abarrotada.

Le tocó el ordenador número 54. el segundo pasillo, a la derecha, le dejó la chica de la mesa mientras le entregaba un papel con una contraseña. Al llegar al lugar, se acomodó y encendió la pantalla.

Encontrar la página del chat no lo precisó demasiado esfuerzo porque era la

que iniciaba la sesión. Sin saber muy bien cómo, accedió a una ventana llena de gente que hablaba y hablaba sin parar. Cada segundo la página se actualizaba y en apenas unos minutos se perdía el rastro de las conversaciones. Armando ni siquiera cambió su nombre y, por tanto, conservó un nick que ni levantaba sospechas, porque casi nadie conocía su nombre, ni evidenciaba ningún fin preciso que pudiera despertar el apetito carnal de alguno de los chateros. Armando, simplemente, ansiaba entablar una conversación con alguien, un intercambio que le había sido arrebatado en la vida diaria por hacer nacido negro, y no blanco, como el resto de sus compañeros.

En el chat, Armando encontró a otro usuario con su mismo nombre. Al principio, no le dio demasiada importancia a la coincidencia, pero, después de abrirle un privado y charlar con él durante un par de horas, creyó seriamente en la posibilidad de verse con ese otro Armando. A su homónimo, no le reveló que su piel había sido teñida con el color negro de otro continente, quizá pensó, que no era un hecho tan relevante como para decirlo en un primer encuentro.

Cuando el Armando de color blanco vio en personal al Armando de color negro no pudo ya rechazarlo porque el chat les había unido demasiado y porque le había hecho comprender que en Internet navegaban las lamas y no esos malditos entes humanos.

Félix Enrique Vázquez León **“Dos camaradas”**

Aquel día comenzó gris y gélido, el alba quería corroborar con su amarga estampa la cercana tragedia.

Las cercanas montañas, pobladas por matorral y árboles de especies caducifolias, lucían las nieves del incipiente invierno dando refugio a dos grupos armados enemigos. Los hombres parecían guiados por una fuerza sobrehumana, sus cuerpos asomaban patéticos, los pómulos salientes sellaban en sus rostros una expresión fantasmagórica de hambre, sed y odio. La quietud de los atrincherados sólo era interrumpida por algún mensajero que corría raudo para abastecer a los observadores avanzados.

Una vaguada dividía ambos bandos, por ella discurría un arroyuelo cuyas aguas acogían a algunos pajarillos que iban a ser inocentes espectadores de un episodio fatal.

En un bando se encuentra Pedro Claramonte, chico de veintidós años, siempre había tenido un carácter extrovertido, pero en los dos años de campaña se había transformado en un individuo taciturno y reservado, sobre todo a partir de la muerte de sus padres en un bombardeo. Sus ideas acerca de la vida y de la muerte, del bien y del mal habían cambiado radicalmente; su vitalismo exacerbado se trocaba en pensamientos derrotistas, la guerra había hecho mella en su alma, actuaba mecánicamente, obedeciendo siempre a la misma voz. Se cernían sobre él perplejos impulsos de ánimo mezclados con vagas ilusiones que embargaban su

espíritu, perdiendo la mirada cansina en el horizonte. Recordaba a sus amigos de la infancia vivida en un clima de paz, también empañaba su mente el recuerdo de su prometida que esperaba siguiera con vida.

De repente una voz poderosa penetró como un estilete en sus oídos, violando sus pensamientos; era la voz del capitán ordenando el asalto, una horda autómatas respondió sin reparos, saltando de las trincheras dominados por una histeria colectiva que vomitaba gritos de odio y venganza, la fusilería sembraba la muerte por doquier. Pedro avanzaba viendo como sus compañeros caían uno tras otro, llegó un momento en que tomó el mando del mermado grupo hasta llegar a una loma donde se luchó cuerpo a cuerpo, los hombres, presos de la cólera o del miedo atacaban sin piedad. Pedro recibió un culatazo que lo dejó inconsciente, cayendo en un tétrico abismo de polvo y sangre.

Cuando volvió en sí había perdido la noción del tiempo, Pedro se incorporó penosamente y fue al arroyuelo para lavarse la brecha que tenía en la frente. Súbitamente escuchó unos gemidos, se acercó viendo a un joven jadeante con una pierna destrozada por la metralla; el caído estaba obnubilado por la pérdida de sangre pero reaccionó al ver a aquel extraño del bando contrario dirigirse hacia él. Percatado del temor del herido, con tono suave pero firme le dijo: - No temas, no voy a hacerte daño y le dio de beber. Sin pensarlo se dirigió a sus líneas para buscar ayuda, no veía los cadáveres, ni le aturdía el olor a pólvora, corría desesperadamente impulsado por una fuerza desconocida.

A duras penas consiguió una ambulancia, dirigiéndose hacia el herido. El sanitario le argumentó que requería una transfusión urgente. Pedro como era donante universal le dijo que procediera a extraerle el líquido vital para salvarle. Tras unos minutos que a Pedro le parecieron los más útiles de su vida, el joven recuperó el conocimiento y el donante pudo preguntar:

- ¿Cuál es tu nombre?

- Me llamo Juan, pero ante todo quiero agradecerte lo que has hecho.

- Soy yo el agradecido, al verte he vuelto a ser yo mismo y no la máquina de matar que era; he vuelto a la luz.

- Me agrada que pienses así, la guerra nos está transformando, es como si el instinto animal se apoderase de nosotros y perdiéramos la condición humana, ¿Por qué hemos de matarnos unos a otros?, increpó Juan

- Juan, este problema existe desde que surgimos como especie. Muchos han buscado una respuesta, sin resultado; habría que analizar la naturaleza humana, algunos pensadores creen que somos así por esencia, ya Hobbes pensaba que “EL HOMBRE ES UN LOBO PARA EL HOMBRE”.

Admirado del valor humano de su antiguo enemigo, afirmó Juan: - no pienso categóricamente que el hombre sea perverso por naturaleza sino que por una serie de circunstancias de diversa índole, unas veces porque ambicionamos la riqueza de otros, por las distintas creencias religiosas incluso el distinto color de la piel lo que nos lleva a esta barbarie. Cuando acabe esta guerra debemos reflexionar sobre esto para evitar en lo sucesivo que el hombre se destruya a si mismo.

De esta forma después de tan cruenta lucha los dos antiguos enemigos y nuevos camaradas unidos por la misma sangre volvieron a encontrarse a si mismos, dos hombres que unas horas antes se habrían despedazado son capaces de nuevo de pensar y obrar como seres humanos dotados de razón, de una razón liberada de odios y rencores.

Ana Velasco Haro
“Un cuento para hoy”

Había una vez un rey poderoso que se llamaba Hermitas. Vivía en un palacio lujoso junto a su esposa Doraida y su hijo Oliver.

El rey Hermitas era muy afamado porque por encima de todas las cosas, lo más importante para él era mantener la paz en su país. Siempre se mantuvo neutral sin intervenir en guerras ni en disputas entre sus países vecinos. Era por ello el país más habitado de todos, ya que la gente buscaba refugio bajo aquel reinado.

Pero el rey Hermitas y su esposa Doraida no eran todo lo felices que cualquier ser ajeno al palacio pudiera imaginar, debido a que su hijo Oliver padecía una extraña enfermedad desde hacía varios años, sin que ningún médico pudiese dar remedio al mal que le aquejaba.

Tal pesadumbre comenzó a hacer mella en el rey, hasta el punto de ofrecer grandes recompensas a la persona que fuese capaz de curar a su hijo.

El joven Oliver pasaba largas horas encerrado en sus aposentos, siempre estaba triste y no quería salir del palacio, a duras penas daba algunos paseos por los jardines reales. Y sus padres, los reyes, estaban cada vez más preocupados ante tan grave situación.

No era normal que un joven de veinte años, apuesto y de aspecto saludable padeciese una enfermedad que, según confirmaron varios médicos, a simple vista

era inexistente, pero que a todos los llevaba de cabeza porque no encontraban solución para sanar al muchacho.

Al principio, cuando Oliver comenzó a dar señales de que padecía aquel mal extraño, la reina organizaba fiestas donde actuaban títeres y comediantes y hacían pasar un rato divertido al joven príncipe. Pero poco a poco aquellas fiestas dejaron de tener interés para su hijo.

Cuando la noticia de que el príncipe se encontraba enfermo se extendió por todo el reino, comenzaron a llegar al palacio numerosos y exóticos regalos, como un diamante que cambiaba de color con la luz del sol, fuegos artificiales que hicieron la delicia de las noches en toda la ciudad, crías de leones amaestrados, una caja de pequeñas dimensiones que producía música, una pareja de camellos enanos, una llave mágica capaz de abrir todas las puertas del mundo y otros muchos regalos extraordinarios.

En una ocasión, fue traído desde lejanas tierras un elefante blanco que sirvió de distracción al joven durante dos semanas. Luego, casi por inercia, Oliver regresó a sus aposentos y no quiso volver a saber nada más del elefante.

También le regalaron una fuente de la que manaba agua de siete colores, de manera que asemejaba los siete colores del arco iris. Pero esta vez, la distracción sólo le sirvió varias horas.

Un buen día, a mediados de primavera llegó al palacio un médico extranjero que decía llamarse Naunet.

Cuando el extranjero examinó al joven príncipe, se presentó ante el rey prometiendo la curación total de su hijo. El rey le dijo que si lo conseguía, a cambio podría pedirle lo que quisiera, un cofre lleno de monedas de oro, un palacio repleto de sirvientes, el oasis máspreciado del desierto y un sinfín de objetos valiosos que sólo un rey puede ofrecer.

El médico le respondió que no quería nada de lo que le estaba ofreciendo, únicamente le dijo:

- Si el príncipe sana, sólo os pido que le concedáis a él, en mi nombre, todo cuanto os solicite.

El rey Hermitas se echó a reír porque sabía que su hijo no le pediría nada, y le contestó: Mal trato haces, médico extranjero, porque el príncipe es poseedor de todas las riquezas que un rey pueda codiciar.

El médico Naunet le respondió que ese era su deseo, y que debía preparar al príncipe para una larga ausencia. Tenía que dejar al joven a su cargo durante trescientos cuarenta días y trescientas cuarenta noches. Si al cabo de ese tiempo su hijo regresaba enfermo, él mismo se entregaría a los guardianes de los calabozos y se condenaría a vivir encarcelado de por vida.

La reina intentó disuadir a su esposo de que no aceptara tal trato porque desconfiaba de las palabras de aquel hombre extranjero, pero el rey finalmente pudo convencerla diciéndole que si aquel médico estaba dispuesto a perder su libertad era porque estaba completamente seguro de que Oliver volvería curado al palacio, y ellos recuperarían al hijo alegre y sano que era antes.

Por no disgustar a la reina, el médico aceptó llevar consigo un carruaje tirado por cuatro caballos blancos y dos carretas tiradas por mulos que portaban indumentaria y víveres para varios meses, pero cuando se alejaron de la ciudad, varias millas al oeste, el médico Naunet se despojó de todo cuanto llevaban por el camino, quedándose sólo con dos caballos, alimentos para una semana y un par de vestimentas.

El príncipe no dejada de mirar con asombro al médico y le preguntaba que porqué se deshacía de sus cosas. Naunet le respondía que no las necesitaría en el lugar al que se dirigían.

El muchacho apenas hablaba durante el viaje, se encontraba molesto por la decisión de sus padres al hacerle partir del palacio con el extraño médico. Aquel hombre sólo se había dedicado a tirar sus provisiones por el camino, en vez de proporcionarle medicamentos para tratar su enfermedad. No entendía que llevarsen varios días juntos y aún no le había dado ninguna pócima ni brebaje que le hiciesen sentirse mejor.

Al cabo de siete días llegaron a una aldea pequeña y pobre, después de bordear otros pueblos.

A la entrada de la aldea, el médico Naunet dejó los caballos en la cuadra de un herrador y le dijo que cuidase de los animales durante un largo periodo y que un día regresaría a por ellos.

Estaba anocheciendo y recorrieron varias calles a pie. De pronto, el hombre se detuvo ante la puerta de una casa pequeña.

Antes de entrar en la vivienda, el médico, con voz firme le dijo al joven:

- Bien, Oliver, una parte de mi trabajo ha terminado en este momento, ahora te quedarás en esta casa y obedecerás en todo al hombre que hay dentro. Si no lo haces yo habré fracasado en la promesa que le hice al rey, tu padre, perderé mi libertad para siempre, y tú volverás al palacio siendo un enfermo para toda la vida. Serás un hombre débil y desaparecerá la paz que tu padre ha sembrado en este reino. Te aconsejo que obedezcas a ese hombre, es la única manera de conseguir que sanes y que no decepciones a muchas personas, entre ellas a mí. Recuérdalo siempre. Yo volveré a por ti en la próxima primavera y espero encontrarte todavía en esta casa.

El joven se quedó perplejo ante tales palabras, era la conversación más larga que el médico Naunet había mantenido con él desde que partiesen del palacio. No lo

entendía bien, él creía en todo momento que ese hombre iba a estar a su lado, que le proporcionaría medicinas que lo curasen. Sin embargo, lo iba a abandonar ahora en manos de otro extraño.

No supo qué decir ni qué hacer, así que guardó silencio y caminó tras él, que ya se había adentrado en la casa.

El interior de la vivienda se componía de una sola y amplia estancia. Había una luz tenue que procedía del fuego de una chimenea, y junto al fuego había un hombre con aspecto de ermitaño, con barba y largos y blancos cabellos.

El médico Naunet le dijo:

- Muchacho, este es Murtos, el médico y maestro de los ciegos. Espero que él te proporcione todo cuando necesitas para tu curación.- Dicho esto, Naunet dio media vuelta y se marchó.

El médico Murtos le ofreció alimentos y una manta para dormir en su nuevo lecho que se componía de un saco de paja en el suelo, cerca del fuego.

Esa noche, el joven Oliver apenas pudo dormir, de madrugada le dolían todos los huesos. Se sentía un tanto temeroso, preguntándose qué clase de brebajes le haría tomar aquel médico de ciegos.

Más fue su sorpresa cuando antes de que amaneciera, Murtos le ordenó que

se levantara porque había mucho trabajo que hacer y las horas del día por aprovechar. Le indicó que en la parte trasera de la casa había leña que cortar, también le dijo que tenía que hornear pan, y que a eso de las diez de la mañana, él regresaría de visitar a unos enfermos y tomarían el desayuno juntos.

Oliver recordó las palabras del doctor extranjero y obedeció sin mediar palabra alguna que pudiese disgustar el nuevo médico. Se puso a cortar leña y cuando llevaba varios troncos comenzaron a dolerle las manos. Se le estaban poniendo rojas y le producían quemazón. Pero no podía desobedecer al médico y tenía que cortar toda la leña, así que cuando terminó se dirigió de nuevo al interior de la vivienda y se acercó al horno para cocer las barras de pan que el médico Murtos había dejado amasadas. No cabía en su asombro cuando contó más de dos docenas de barras de pan, y se preguntó que cómo ese médico podía comer tanto si estaba más bien delgado. Pero de nuevo recordó que tenía que obedecer, así que se puso manos a la obra.

Llegada la mañana, pudo apreciar con más claridad la amplia estancia que hacía las veces de comedor, cocina y aposento para dormir, ya que los sacos de paja estaban en el suelo, cerca de la chimenea.

Al cabo de unas horas el médico Murtos regresó trayendo consigo queso, huevos y un poco de carne, que él mismo preparó para tomar un buen desayuno. Murtos no disimuló su satisfacción al comprobar que el joven había cortado toda la

leña y hubo cocido todas la barras de pan.

Más tarde llegó un carro cargado de recipientes que contenían leche. El médico tuvo todo el día ocupado al joven Oliver, haciendo queso.

Para Oliver todo aquello era desconocido, jamás se le hubiese ocurrido que haría aquellas faenas propias de la gente humilde y no de un príncipe.

Al día siguiente las manos le dolían aún más, se le habían formado ampollas, pero no por ello el médico Murtos le redujo la tarea. Ahora tenía que cortar doble ración de leña cada día, hornear pan y hacer queso. Llegada la noche y antes de dormir, éste le aplicaba una grasa pastosa que reconfortaron el quemazón y las ampollas de las manos del joven.

Pasaron ocho semanas y la vida de Oliver transcurría realizando las mismas tareas cada día. Ya no le dolían las manos y su cuerpo comenzó a fortalecerse con el ejercicio de cortar leña.

Oliver no hablaba demasiado, permanecía mucho tiempo solo en aquella casa. El médico pasaba largas horas fuera y cada noche, a su regreso, al muchacho le gustaba oír las historias que le contaba Murtos.

En un par de ocasiones, el joven le preguntó al médico que cuando le iba a dar medicina y éste le respondió:

- No te impacientes, muchacho, todo llegará a su debido tiempo.

Una mañana , cuando el joven se preparaba para coger el hacha, Murtos le dijo:

- Hoy no vas a cortar leña, irás a la casa de Irma, que es la última de esta misma calle. Le dices que vas de mi parte y deberás seguir las instrucciones que ella te de.

De nuevo, sin mediar palabra el muchacho obedeció y se dirigió a la casa que le había indicado el médico de los ciegos.

Al llegar allí le abrió la puerta una mujer de mediana edad y complexión gruesa. Con voz amable, Irma lo invitó a entrar. El interior de la vivienda no se diferenciaba mucho de la de Murtos, pero tenía un corral muy amplio que albergaba más de cien cabras, pocilgas para cerdos, gallinas, pavos y dos vacas.

A partir de aquel día, el trabajo de cortador de leña cambió al de porquero, limpiando las pocilgas de los cerdos, ordeñando cabras y vacas, y recogiendo huevos de las gallinas.

Oliver no entendía muy bien por qué un príncipe tenía que realizar aquellas tareas, pero no se quejaba y tampoco se le pasaba por la cabeza desobedecer, porque recordaba las palabras del primer médico, Naunet, cuando le dijo que siempre lo tuviese presente. Además, pensaba que esa era la única forma de que el médico Múrtos le compensaría con la medicina para su curación.

Al cabo de dos meses, el médico le dijo una noche al muchacho:

- Mañana habrás de partir hacia el desierto de Marhit. Deberás caminar todo el día hacia el norte.

Al anochecer llegarás a una cueva donde encontrarás un cofre custodiado por una serpiente de cascabel. Ten cuidado, pero no la mates. Únicamente llevarás contigo una cantimplora que contiene la cantidad equivalente a dos jarras de agua que habrás de distribuirla en dos tomas.

Además, te prepararé una pócima para que la serpiente se quede adormecida durante toda la noche. Y así tú podrás descansar.

Antes de que amanezca deberás coger el cofre y tomar el camino de regreso. El contenido del cofre es un tesoro muy preciado, ten cuidado de no perderlo. Cuando hayas andado la mitad del camino podrás abrirlo.

El joven, intrigado, le preguntó qué debía hacer con el contenido del cofre y el médico le respondió: Cuando lo abras sabrás perfectamente lo que tienes que hacer. Pero ten cuidado de no perderlo, porque se trata de tu medicina.

Sin poner objeciones, el muchacho partió hacia el desierto de Marhit dispuesto a cumplir con la misión encomendada.

A medida que se iba adentrando en el desierto, sentía la boca más seca, pero recordaba que no podía beber hasta llegar a la mitad del camino. Debía calcularlo por la luz del sol como el médico le había indicado, ya que cuando empezara a oscurecer estaba previsto que llegaría a la cueva. Así que tenía que consumir el agua que llevaba en dos tomas, una a medio camino y otra a la entrada de la cueva. A veces, el joven Oliver estuvo tentado de beberse el agua en un solo trago, pero no podía desobedecer. Los pensamientos también eran traicioneros, recordaba y ambicionaba el agua de los estanques del palacio, donde meses antes él se bañaba con aceites y jabones perfumados, propios de un príncipe y no como un pobre sediento en el que ahora se veía convertido.

Al llegar a la cueva ya comenzaba a oscurecer y bebió con ansia la segunda toma de agua que le quedaba.

Por suerte a pocos metros de la entrada vio una antorcha. Pensó que seguramente aquella cueva servía de refugio a otros viajeros del desierto.

Encendió la antorcha y se adentró lentamente en la cueva. A medida que caminaba iba descubriendo una cueva de mucha profundidad y comenzó a sentir bastante frío. Recordaba que llevaba en su alforja la pócima para la serpiente de cascabel, pero no veía al animal. Entonces pensó que cabían dos posibilidades, o bien el animal había servido de comida a algún viajero hambriento o la serpiente era más

lista que él y lo cogería desprevenido para morderle. De esa manera jamás podría coger el cofre ni regresar con la medicina.

Pero esos pensamientos se desvanecieron en cuanto oyó que de un agujero provenía el sonido de un cascabel. Recordó las instrucciones de Murtos y se apresuró a sacar la pócima de su alforja. Seguidamente arrojó el líquido sobre la cabeza del animal antes de que éste pudiera morderle. Al cabo de unos segundos la serpiente se quedó quieta y parecía haber caído en un profundo sueño.

De tal forma, Oliver apartó a la serpiente del agujero e introdujo la mano hasta el fondo y palpó un pequeño cofre. Lo cogió con mucho cuidado y lo guardó en su alfoja.

Oliver durmió a la entrada de la cueva, no fiándose de que la serpiente se despertara, y antes de que amaneciera tomó el camino de regreso.

Hacía un calor asfixiante, más intenso que el día anterior. El desierto se le hacía más solitario, extenso, inhóspito. Ansiaba más que nunca poder tomar un sorbo de agua, unas gotas de agua, sólo unas gotas...

Sentía sus fuerzas desfallecer, pero tenía que seguir, no podía defraudar al médico Naunet, ni al médico Murtos, y ya faltaba poco para llegar a la mitad del camino. Recordaba que Murtos le había explicado que ese cofre era muy valioso porque contenía su medicina, pero aún no podía abrirlo.

Le servía de gran alivio pensar que al fin comenzaría a administrarle su medicina y entonces sanaría y podría volver al palacio, donde jamás le faltaría de nada, no tendría que volver a cortar leña, ni ordeñar cabras, ni limpiar porquerías de cerdos, ni hacer quesos. Y tendría las manos suaves como un príncipe.

Al cabo de unas horas se aseguró de la luz del sol y supo que estaba en la mitad del camino.

Al abrir el cofre contempló que en su interior se encontraba un frasco que contenía líquido. Pensó que ese líquido tendría un extraño sabor al tratarse de una medicina.

Se mojó los labios y descubrió que aquel líquido era insípido, como el agua. La probó de nuevo y confirmó que se trataba de agua. Demonios, sólo era agua, ¡bendita agua!

No sabía si enfurecerse o echarse a reír, porque en aquellos momentos lo que más necesitaba era una ración de agua para calmar su sed, antes que ninguna medicina en el mundo.

Ahora recordaba las palabras del médico al decirle que cuando viese el contenido del cofre ya sabría lo que hacer. Claro que sí, debía administrarla en dos tomas, igual que hizo al partir hacia la cueva.

Fue en ese momento cuando el joven se dio cuenta de que había aprendido una gran lección, el valor del agua cuando no la hay, el valor de la necesidad. Y a partir de entonces el camino se le hizo más corto.

Tiempo después de su experiencia en el desierto, el médico le dijo que lo acompañara a hacer sus visitas a los enfermos.

Murtos caminaba con seguridad por las calles, todos sus movimientos estaban perfectamente sincronizados. De no ser porque llegaron a una casa y el médico le pidió a su joven acompañante que le diese los vendajes de color azul, en vez de los blancos, Oliver jamás habría descubierto que Murtos era ciego.

A partir de entonces, Oliver acompañaba cada día al médico a visitar a los enfermos. Con frecuencia veían a dos niños pequeños que tenían las piernas amputadas, cuya familia llegó a la aldea buscando refugio de la guerra que se desató en un país vecino.

También visitaban a personas moribundas y otros enfermos. En cada casa tenían las pócimas que Murtos les había indicado. Era increíble el conocimiento y la grandeza de aquel hombre, como se organizaba con remedios curativos y naturales. Irma, la vecina que vivía al final de la calle, era su gran colaboradora. Gracias a su ayuda el médico podía elaborar los medicamentos de sus enfermos.

El pan que cada día se cocía en el horno de su cocina era para repartirlo entre las familias de los enfermos.

También descubrió el motivo de las largas ausencias de Murtos en la vivienda. Por las tardes, el médico y maestro se dirigía a un establo abandonado que hacía las veces de escuela, donde enseñaba a niños ciegos, como él, a caminar y capacitarlos para defenderse en la vida con soltura.

El establo estaba en malas condiciones, se había filtrado mucha humedad y Oliver pensó que no sería mala idea hacer unos arreglos para mejorarlo.

De tal manera, se lo dijo al médico y éste aceptó encantado, así lo acompañaría cada día y mientras él enseñaba a los pequeños, el muchacho se dedicaría a hacer las reparaciones.

Igualmente, Oliver pensó que se podían mejorar las condiciones para los enfermos, construyendo un lugar donde pudiesen acudir diariamente, así al médico Murtos le sería más fácil verlos a todos, con lo cual ganaría tiempo y tendría un lugar donde almacenar los medicamentos y en el que Irma trabajaría conjuntamente con él.

Así, día a día transcurrió el tiempo y pronto llegó una nueva primavera.

Oliver sabía que se aproximaba la hora de su regreso al palacio. Recordaba que el médico Naunet le dijo que volvería en esa época, pero no sabía el día exacto. Por

ello cada momento para él era una despedida hacia todos y todo cuanto le rodeaba. Se había encariñado con la aldea, con la amable Irma, con los niños ciegos, y especialmente con el médico Murtos.

Una noche, la última que pasó en la aldea, Murtos le dijo:

- Bien, muchacho, ya estás preparado para regresar. Tengo el gran honor de anunciarte que estás totalmente curado. Tus padres se van a alegrar mucho de tenerte de nuevo junto a ellos.

Al joven se le empañaron los ojos y por una vez agradeció que el médico ciego no pudiera ver las lágrimas a punto de deslizarse por sus mejillas. Había aprendido mucho a su lado. De como Murtos, a pesar de su ceguera, estaba agradecido a la vida por gozar de sus otros sentidos. Admiraba su bondad en las palabras de consuelo hacia los enfermos. Había entendido que en la faz de la Tierra existían hombres que estaban cien veces más ciegos que su maestro, incluso él mismo cuando llegó a la pequeña aldea. Ahora sabía lo que debía hacer, tenía otros proyectos, tenía ilusiones que hacer realidad. Se sentía fuerte, curado, como bien acababa de decirle el propio Murtos.

El tiempo que compartió con el hombre de aspecto de ermitaño le sirvió para aprender una buena lección, ahora sabía el valor de las pequeñas pero importantes cosas de la vida.

Oliver le propuso esa misma noche al médico que se marchase con él al palacio, pero éste le respondió:

- No hijo, yo no puedo acompañarte, mi sitio está aquí. Aún hay mucho trabajo por hacer. Debo seguir con mi labor, cuidar de otros jóvenes que llegarán pronto, igual que un día llegaste tú. Tengo que darles la misma medicina para su curación.-

Al pronunciar estas palabras esbozó una sonrisa, y añadió:- Te revelaré un secreto, yo llegué a este lugar del mismo modo. Pero cometí un grave error. Era un joven impulsivo y cuando se me encomendó la misión de la cueva del desierto de Marhit, tenía tanta sed que me bebí la pócima de la serpiente de cascabel. La maldita víbora me dejó ciego. Así que ese día también aprendí una gran lección, nunca debí desobedecer a mi antecesor. Pero me siento feliz aquí. Antes estaba más ciego que ahora. Mi vida encontró sentido y me llena de satisfacción cuando ayudo a alguien a encontrar su camino. Tu has sido uno de los mejores pacientes que he tenido. Puedes marcharte tranquilo.

Aquellas fueron las últimas palabras que Oliver oyó del médico Murtos, porque al amanecer, cuando el médico Naunet llegó con los dos caballos blancos para regresar al palacio, el médico ciego ya se había marchado.

Oliver se vistió de nuevo con la muda de ropa que tenía guardada a su llegada a la aldea, montó en uno de los caballos blancos, y junto con el médico Naunet, emprendió el viaje de regreso.

En el palacio prepararon una gran fiesta de bienvenida, el rey Hermitas y su esposa Doraida contaron cada día con sus noches, deseosos de que su hijo regresara totalmente sanado.

A su llegada, un joven nuevo, de fuerte complexión y con rostro de felicidad hacía una reverencia ante los reyes, que con gozo y satisfacción contemplaban a su hijo.

Después del banquete, Oliver se reunió con su padre, el rey, y le hizo prometer que mejorarían las condiciones de vida en las aldeas pobres. En todo el reinado se construirían escuelas para los niños y también unos albergues especiales para los niños ciegos. A cada familia se le daría una parte de tierra y ganado. También se formarían médicos y construirían lugares destinados al descanso y cuidado de los enfermos para que los médicos pudiesen atenderlos mejor.

El rey no entendía muy bien las peticiones del príncipe, pero al ser un hombre de palabra y haber prometido al médico Naunet que accedería a todos los deseos de su hijo, una vez que regresara éste curado, le concedió todos y cada uno de ellos.

De esta manera, el príncipe Oliver llegó a ser el rey más valeroso, querido e inteligente de todos los tiempos.



Participante - modalidad Pintura

Cristina Inmaculada Pérez de Villar

“Mándala en rosa”



Participante - modalidad Pintura

Cristina Inmaculada Pérez de Villar

“Despertar”



Participante - modalidad Pintura

Rinat Etshak

“El Inocente”





Participante - modalidad Escultura

Ramón Blanco Barrera
“Nuevo material de construcción”



Modalidad Fotografía



Primer premio - modalidad Fotografía

José Magdaleno Baez

“Desde la orilla”



Segundo premio - modalidad Fotografía

Antonio Jesús Pérez Gil

“Al otro lado del mundo”



Participante - modalidad Fotografía

José Magdaleno Baez

“Nuevos Horizontes”



Participante - modalidad Fotografía

José Magdaleno Baez

“Observando”



Participante - modalidad Fotografía

Manuel Díaz García

“La inocente burbuja”



Participante - modalidad Fotografía

Manuel Díaz García
“Horizonte único”



Participante - modalidad Fotografía

M^a Teresa López Barranco

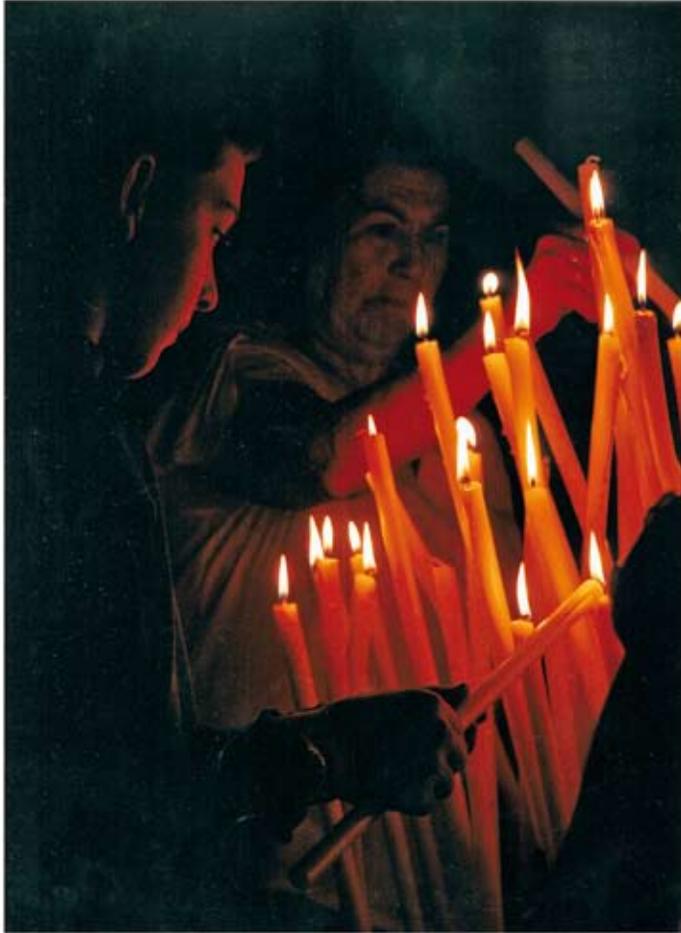
“Para un futuro en Paz”



Participante - modalidad Fotografía

M^a Teresa López Barranco

“Por los que no están”



Participante - modalidad Fotografía

María Teresa López Barranco
“Ternura”



Participante - modalidad Fotografía

David Morales Zamora

“La Paz une las libertades”



Participante - modalidad Fotografía

Antonio Jesús Pérez Gil
“Belén”



Participante - modalidad Fotografía

Antonio Jesús Pérez Gil

“Gol de Igualdad”



Participante - modalidad Fotografía

Agustín Pérez González

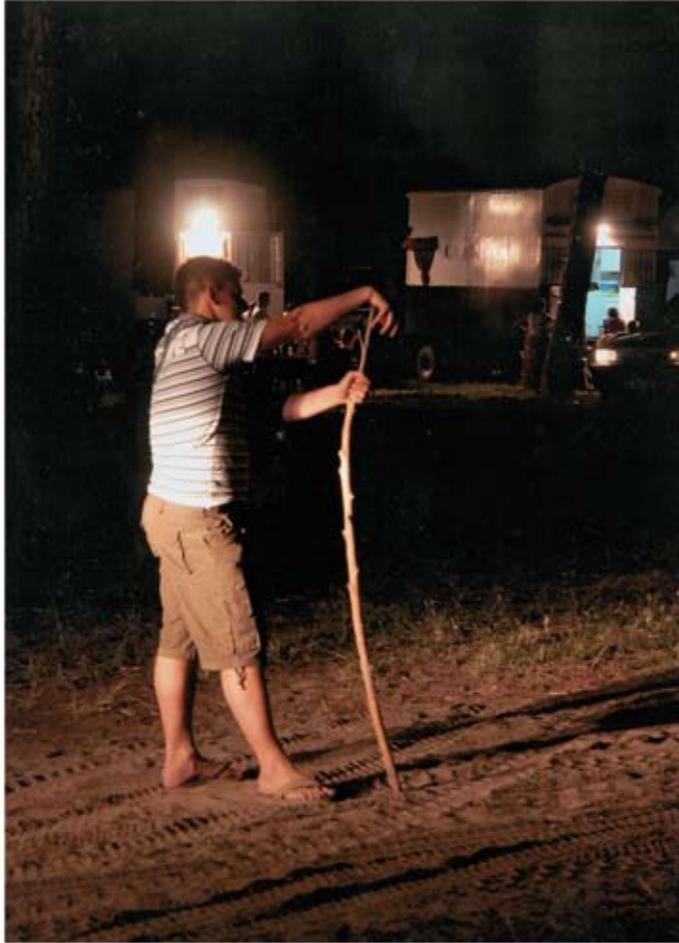
“Plegaria de Luz”



Participante - modalidad Fotografía

Agustín Pérez González

“Peregrino tras la Paz”





Fundación contra el Terrorismo y la Violencia

Alberto Jiménez-Becerril

Nuestra motivación

El 30 de enero de 1.998 la banda terrorista ETA asesinó, en Sevilla, al Concejal y Teniente de Alcalde Alberto Jiménez-Becerril Barrio y a su esposa Ascensión García Ortiz, licenciada en Derecho y Procuradora de los Tribunales de Sevilla.

El Ayuntamiento de Sevilla, reunido en Pleno y por unanimidad, crea ese mismo año la Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril, comprometiendo con ello el permanente homenaje de los sevillanos al matrimonio formado por Alberto y Ascensión, a su obra, a su trabajo, a sus vidas.

A esta iniciativa se sumaron, de forma inmediata, constituyendo el Patronato de la Fundación, el Senado de España, el Parlamento de Andalucía, la Universidad de Sevilla, el Colegio de Abogados y el de Procuradores, las dos cajas de ahorro sevillanas, hoy fusionadas en Cajasol, y, finalmente, la Diputación Provincial de Sevilla, así como una representación de la propia familia de los asesinados.

Principios que nos empujan

Entendemos que la violencia, especialmente la que se practica como forma de extorsión política mediante el terror, es moralmente aborrecible y radicalmente incompatible con el ejercicio de la democracia y la libertad, y quienes la practican sólo merecen la condena y el desprecio de todos.

Nuestra Fundación es una institución de defensa y recuerdo de las víctimas, y también, de defensa de valores y principios tales como educar y formar en el comportamiento pacífico, promoviendo una sociedad plural basada en el respeto a los derechos ajenos.

Queremos comprometernos en la tarea de propiciar conductas no violentas, en alentar y promover el rechazo a tales actitudes de forma activa, por ello, el fomento de un espíritu participativo de los ciudadanos así como despertar el interés por los fines pacíficos y las acciones solidarias, son criterios fundamentales de nuestra actividad.

Objetivos que perseguimos

Por ello son plenamente vigentes los objetivos marcados en nuestra declaración fundacional, hace ahora diez años:

- La educación y la formación, especialmente de los jóvenes, en los valores del comportamiento pacífico de los ciudadanos y la promoción de una sociedad plural basada en el respeto a los derechos ajenos.
- El estudio y la difusión de las raíces de los comportamientos violentos y terroristas, así como el análisis de las circunstancias en las que nacen y se desarrollan, con el fin de combatir sus raíces culturales, sociales e ideológicas.
- Queremos despertar el interés de los ciudadanos, muy especialmente de los jóvenes, en acciones, comportamientos y movimientos de carácter pacífico que tiendan a la consecución de conductas no violentas.
- Alentaremos y promoveremos, a través del conocimiento, el rechazo a las actitudes violentas y a todas aquellas que supongan agresiones o transgresiones de los derechos fundamentales de las personas.
- Fomentaremos el espíritu de participación y procuraremos despertar el interés de los ciudadanos en las organizaciones gubernamentales y no gubernamentales de fines pacíficos y de acciones solidarias.

- Promoveremos, buscando para ello la colaboración con otras instituciones de carácter nacional o internacional, estudios y análisis que tengan como objetivo los fines antes señalados, así como seminarios, conferencias, actos públicos, premios, becas y otras acciones de carácter científico, divulgativo y participativo.

Por todo ello...

Por todo ello, la Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril, en su empeño por contribuir a la construcción de un mundo en el que la violencia, en cualquiera de sus formas, ocupe el menor lugar que sea posible, desarrollará sus programas y actividades, fiel a sus preceptos estatutarios, y se mantiene firme como una institución de defensa de los valores de libertad y respeto al pluralismo, la convivencia y la tolerancia, junto a las personas que se comprometen claramente cada día por un mundo mejor.

La Fundación contra el Terrorismo y la Violencia Alberto Jiménez-Becerril, convocó en 2008 el III Certamen bajo el título CREADORES POR LA LIBERTAD Y LA PAZ, con el que se pretendía reflexionar sobre nuestros valores de libertad, convivencia, paz, concordia, tolerancia, así como expresar el firme rechazo a todo tipo de violencia, considerando que deben ser éstas las normas de comportamiento de todas las personas que se esfuerzan cada día por un mundo mejor. Este libro recoge una selección de participantes en las modalidades de POESÍA, PROSA O NARRATIVA, FOTOGRAFÍA, PINTURA Y ESCULTURA, así como los ganadores de la presente convocatoria.

Organizan



Colaboran



Fundación *Victimas del Terrorismo*